

CAPÍTULO III

DESPUÉS DEL “MOVIMIENTO”: LA PROTESTA ESTUDIANTIL

UNA MAÑANA DE INICIOS DE 2003, a escasos días de haber juramentado para el cargo de presidente de la República del Ecuador, el coronel Lucio Gutiérrez decidió movilizarse hacia su lugar de trabajo, el Palacio de Carondelet, trotando, con atuendo de deportista y seguido por toda su comitiva de seguridad. Debíó recorrer varios kilómetros, entre su residencia ubicada en el norte de la ciudad y la sede presidencial ubicada en el centro histórico de la capital ecuatoriana. El azar quiso que en su recorrido encontrase un nutrido grupo de estudiantes del tradicional colegio de varones “José Mejía Lequerica”, conocidos por su combatividad, protestando en contra de las medidas económicas que su gobierno acababa de dictar, y que seguían de cerca, por su contenido, a las que fueron dictadas por los gobiernos predecesores. Al encontrarse con los muchachos, Gutiérrez se disolvió en la marcha y prosiguió su camino, ahora acompañado de una comitiva mayor en la que se contaban entusiasmados jóvenes. Al arribar al Palacio de Gobierno, el mandatario escogió a varios de ellos y los invitó a compartir su desayuno¹. Conocimos también que en otra ocasión el presidente

1 El historiador Enrique Ayala así manifiesta su perplejidad: “Se ve que nuestro gobierno está en buenas relaciones con el FMI porque ha enviado al Congreso un presupuesto cuyo rubro más alto sigue siendo el pago de la deuda externa. Otro síntoma de tan estúpida vinculación es que se anuncian alzas de impuestos directamente destinados a esquilmar a los grupos medios, aunque inexplicablemente, han logrado el apoyo de fuerzas políticas que en otros gobiernos solían combatir la creación de gravámenes y ahora lanzan a los muchachos a las calles a presionar porque se cobre impuestos a sus papás, a sus profesores, a los empleados, a las enfermeras y secretarías, argumentando que esos son los ricos del país” (*El Comercio*, 2003).

ecuatoriano se habría permitido hacer exhortaciones a los estudiantes secundarios, en pro de las políticas gubernamentales. Así, los/las jóvenes estudiantes de los colegios se habrían convertido en destinatarios del mensaje presidencial.

Días más tarde, una elocuente nota de prensa del diario *El Comercio* del 21 de febrero de 2003 informó que durante la “Marcha de la Esperanza” –realizada por sectores de la CONAIE, *Pachacútek* y otros sectores críticos del gobierno para pedir la rectificación de rumbos– la posición de los estudiantes era contradictoria, pues mientras un sector condenaba las recientes medidas económicas², de un ortodoxo corte fondomonetarista, otro grupo se pronunciaba apoyando la alianza gobernante.

¿Podemos explicar estas manifestaciones de respaldo como resultado de la manipulación de las “inconsecuentes” dirigencias? Diríamos, más bien, que tanto el respaldo como la censura se inscriben en intercambios simbólico-políticos: unos habrían caído en la “trampa” de la identificación populista, mientras que otros habrían podido resistirse a ella. Ambos tipos de expresiones estudiantiles podrían significar muchas cosas, dependiendo del ángulo teórico de visión, pero no ciertamente una indiferencia de los/as jóvenes por la política. Fue sintomático, en ese sentido, el interés del mandatario por neutralizar la contestación estudiantil.

¿Ha naufragado, entonces, la protesta estudiantil en el hedonismo de la cultura posmoderna, como parece derivarse de los diagnósticos de numerosos académicos en América Latina? ¿O la movilización de los últimos años se asemeja, más bien, a una presencia esporádica que, al no caber en el panorama de la “contra-política” (término y noción utilizados por Martín Barbero), se parece a un caminar sin rumbo? Estos interrogantes nos apremian frente a la presencia reiterada, en los últimos años, de jóvenes estudiantes en las calles de las ciudades ecuatorianas. Constatado el hecho, no es plausible, a mi juicio, explicarlo ni como resultado de la manipulación de instancias partidarias burocráticas, ni como mera expresión de la rebeldía como atributo de la edad. Con todo, una mirada objetiva nos exige reconocer que la politicidad de la juventud estudiantil se expresa de una manera irreductiblemente plural, como la sociedad misma; consideraremos, por lo tanto, a las identidades de la protesta como una expresión política más, descollante en determinados momentos y yuxtapuesta, en otros, con manifestaciones tales como la participación electoral de jóvenes, en partidos y movimientos de todo signo, que ha sido particularmente notable en los últimos años, así como en agrupaciones por las veedurías ciudadanas.

² El grupo opositor coreaba, dice la nota: “Sale Lucio en la televisión / anunciando el pinchazo a la nación / anunciando la muerte a la población” (*El Comercio*, 2003).

Durante los últimos años, la academia ecuatoriana ha preferido guardar silencio en torno al tema de la protesta estudiantil. En cambio, ha mostrado interés por los fenómenos de la juventud, asociándolos a la problemática del consumo y la influencia de las telecomunicaciones en la cultura³. Una muestra de este desplazamiento temático es la obra colectiva *Culturas juveniles. Cuerpo, música, sociabilidad & género*, de Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga y Carlos Tutivén (Cerbino et al., 2001).

Las nuevas perspectivas, como veremos, conllevan la sustitución del enunciado de “joven-estudiante”, por los de “joven-consumidor/a” y “joven-conectado/a” (“chateador/a”). Con ello, si bien es cierto que se enfocan aspectos, tan inéditos como interesantes, de la problemática de la juventud, se habría perdido de vista una dimensión importante de la multiplicidad de las identidades juveniles, pues se ha omitido la coincidencia contemporánea –que es casi automática, al menos en las ciudades– de la condición de tales jóvenes con la de estudiantes. Por otro lado, el olvido del “estudiante” desvanece también la perspectiva de una sensibilidad política y utópica, con su inalienable proyección futurista, que no ha desaparecido del horizonte de la juventud. Con todo, la puesta en escena del tema de la juventud nos daría herramientas para examinar la especificidad de la participación juvenil en las expresiones de protesta y movilización, en momentos de descenso en los niveles de escolarización por efecto de la crisis económica.

En este capítulo propongo un remedio parcial a este vacío, intentando restituir al análisis aquella arista del problema en la que se funden la imagen del joven con la del estudiante, mediante el ensayo de algunas hipótesis en torno a los contenidos de la protesta, los procesos de constitución de las identidades políticas “belligerantes”⁴, así como sobre las nuevas formas y expresiones organizativas, los estilos y prácticas políticas que estarían vigentes, tras el debilitamiento político de la convocatoria de la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE) y de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUE). En todo caso, el retomar un tema que yace olvidado en el desván de las ciencias sociales ecuatorianas tiene una marcada desventaja, y, por cierto, las conclusiones serán provisionales.

Deseo, pues, abordar el tema de la protesta, resaltando la presencia cuestionadora de la juventud estudiantil en nuestro país, que si bien

3 Una excepción constituyen los esfuerzos realizados por el CAAP, en materia de seguimiento del conflicto social, periódicamente publicados en *Ecuador Debate* y el trabajo de Mario Unda Soriano *Ecuador: conflictos sociales en el año 2000* (Unda Soriano: 2001). En estos trabajos se enfoca el tema de la protesta estudiantil, aunque solamente como parte del conflicto general.

4 Término utilizado por Javier Auyero.

ha sido latente –aunque incesante– durante los años de intensificación del ajuste, ha tenido también momentos descollantes, conformando un importante telón de fondo, y a veces erigiéndose en una fuerza social tan importante que lograba rebasar el mero papel de auxiliar de las luchas reivindicatorias de los diversos sectores movilizadas. Entre noviembre de 1998 y junio de 1999 tenemos una recuperación de la protesta estudiantil, lo que, en criterio del CAAP, indicaría “una reinserción de ciertos actores sociales en la esfera pública-política del país”⁵ (CAAP, 1999b: 38). Pionera y contundente fue, sobre todo, la movilización estudiantil durante el período que va de diciembre de 2000 a febrero de 2001, anticipándose al levantamiento indígena de enero de 2001 (ver Gráfico 5 y Tabla I en Anexo). Importante fue también la presencia estudiantil en las jornadas de enero de 2002, cuando el gobierno de Gustavo Noboa promovía la venta de las comercializadoras de energía eléctrica; en este contexto, además, se exagera la criminalización de la protesta estudiantil tanto en el discurso del gobierno como de los medios de comunicación, y la represión policial alcanza su clímax con el asesinato del joven Damián Peña en Cuenca, y la agresión a los/as estudiantes de la Universidad Central, que provocó la pérdida de un ojo de uno de los manifestantes.

Esta eclosión de la protesta de la juventud estudiantil de nuestro país tuvo como referente más amplio el despliegue de la protesta tanto en América Latina (por ejemplo, la prolongada huelga estudiantil en la UNAM durante 1999 e inicios de 2000, o las acciones juveniles contra el alza de precios del transporte en Guatemala, en abril de 2000), como a nivel mundial (las movilizaciones estudiantiles en Indonesia contra el régimen de Suharto, las protestas kabiles en Argelia, las revueltas juveniles de los inmigrantes africanos en Francia, el movimiento *Tutte Bianche* de la juventud desempleada, entre otras acciones) (ver Seoane y Taddei, 2002). José Seoane y Emilio Taddei explican este “retorno de la protesta social” por “el creciente cuestionamiento de los regresivos cuestionamientos del modelo civilizatorio forjado por el neoliberalismo”, así como “por la creciente polarización social generada por dos décadas de aplicaciones de concentración del ingreso que han difundido la pobreza, de la cual los jóvenes son víctimas privilegiadas” (Seoane y Taddei, 2002: 147 y 162).

En tal contexto, el estudiantado ecuatoriano ha sentido tanto la amenaza de la negación de su ciudadanía social y la incertidumbre de

5 En ese momento, la revitalización de la protesta de estudiantes y gremios estaría relacionada con los efectos del impuesto a la circulación de capitales recientemente adoptado por la administración de Jamil Mahuad, así como con el aumento de los precios de los combustibles y también con el no pago de salarios a importantes sectores de la administración pública (CAAP, 1999: 39).

su futuro laboral y personal, cuanto el desvanecimiento del sentido de lo público expresado en la corrupción e inequidad. Nuestro análisis se centra en la ciudad de Cuenca, y sus pautas podrían extenderse a la protesta en algunas ciudades serranas, en las que ha sido particularmente activa la oposición al modelo de ajuste desde 1997, con la participación del estudiantado, sobre todo secundario.

El abordaje del tema tiene como una de sus premisas los conceptos de multiplicidad –y frecuentemente contradictoriedad– de los sujetos sociales, tanto cuando se trata de sujetos singulares, cuanto de sujetos plurales y/o colectivos (Calhoun, 1994: 20). Después de la constatación de que en la modernidad se multiplican los esquemas identitarios, Calhoun apunta la ruptura cualitativa que se opera, puesto que los sujetos se ubican frecuentemente en un flujo de discursos culturales que son aún contradictorios. Siguiendo a Cascardi⁶, este autor señala también que dicha multiplicidad y contradictoriedad estaría vinculada a las definiciones de la inserción del sujeto moderno en una serie de esferas de valores separadas, en las que se tiende a priorizar una de ellas, excluyendo a las otras (Calhoun, 1994: 12).

Para nuestro trabajo interesa, precisamente, la idea sobre la producción de una variedad de discursos correlativos a las diversas esferas de producción ideológica y discursiva, teniendo presente, asimismo, la posibilidad de una presencia simultánea de los sujetos singulares en varias de tales esferas políticas y socio-culturales. Por lo tanto, para efectos del presente trabajo consideraremos como complementarias las facetas de “joven” y “estudiante”. Debo también dejar constancia que las hipótesis y argumentos aquí ensayados tendrían validez para un segmento importante de la juventud estudiantil, pero no se pretende extenderlos a la juventud ecuatoriana en su conjunto, pues estamos conscientes de la complejidad de las circunstancias regionales, de clase, etáreas, etcétera.

Al recuperar analíticamente la confluencia de esas dos circunstancias, la de ser joven y la de ser estudiante, asumimos que esta fusión nos ayudaría a comprender la constitución de identidades juveniles expresadas mediante una politicidad activa y, aun, una formulación político-ideológica explícita. ¿Cuál es el crisol sociológico en el que se funde esta doble circunstancia? El primer factor, el de ser joven, se definiría por lo que Margulis y Urresti denominan “facticidad”, es decir la posesión de un “capital temporal” o goce de “un plust tiempo, un excedente temporal que es considerablemente mayor que el de las generaciones mayores coexistentes”; facticidad vital que estructura una experiencia subjetiva sobre la base de una cronología: la distancia res-

⁶ Calhoun se remite a Cascardi (1992).

pecto del nacimiento y la lejanía con respecto a la muerte⁷ (Margulis y Urresti, 1998: 10). Pero también el hecho más o menos generalizado de encontrarse en disfrute de la –asociada a la facticidad– “moratoria social”, esto es, la postergación de los compromisos de adultez tales como el matrimonio y la procreación, para mantenerse por tiempo variable en instituciones educativas (Margulis y Urresti, 1998: 5). El segundo factor sería la concurrencia a una institución educativa que proporciona un espacio de sociabilidad relativamente estable que facilitaría la organización de la politicidad, la misma que podría ser canalizada hacia el cuestionamiento del orden, en la medida en que el consumo sea, en este contexto, una preocupación secundaria. En su análisis sobre el movimiento estudiantil chino de 1989, Calhoun sugiere las circunstancias que habrían facilitado los pronunciamientos y el radicalismo de los estudiantes durante la primavera de Beijing. Un rol importante en ello habrían tenido la concentración espacial y la organización de sujetos –clase y cohorte–, así como la trama de comunicación entre universidades; pero también la mayor libertad para protestar públicamente, en comparación con los mayores, al no tener que arriesgar las condiciones de manutención de su familia (Calhoun, 1999: 86). En el caso que nos ocupa, y dado que muchos/as estudiantes no son responsables de la jefatura del hogar, también esta situación se convierte en un facilitador para la expresión beligerante.

Ahora bien, si admitimos a pies juntillas un determinismo de la cultura mediática y de los efectos de las telecomunicaciones como inhibidores de la politicidad, parecería casi una paradoja la supervivencia de tales formas de actividad política y contenidos ideológicos en una época caracterizada, según Martín Barbero, por fenómenos como la devaluación de la memoria, la hegemonía del cuerpo, la empatía tecnológica y –fundamentalmente– la contracultura política (Barbero, 1998: 32), fenómenos tamizados por el consumo y la “juvenilización”⁸.

7 Margulis y Urresti desechan las caracterizaciones de la juventud que giran tanto en torno a la edad –sesgo biologicista–, como al consumo de bienes materiales y simbólicos, así como de la construcción del cuerpo como signo de la “juvenilidad”. La definición de estos autores sobre la condición de juventud puede ser resumida en los siguientes términos: “la juventud es un espacio de irreversibilidad menor que la adultez porque es menor la serie de jugadas que se han realizado y mayor la que queda por hacerse, por lo que las posibilidades abiertas son más amplias, lo cual implica una manera diferente de estar en el mundo, con percepciones y apreciaciones distintas, con abanicos de opción más amplios y con una frecuente sensación de invulnerabilidad que deriva de esa falta de huellas previas, raíz de la que emana esa característica imagen de la disponibilidad”. (Margulis y Urresti, 1998: 10-11).

8 Para Margulis y Urresti, la “juvenilización” consiste en un conjunto de signos que atraviesan el contexto cultural actual y emerge del avance de la cultura de la imagen y de la exaltación de lo juvenil “fetichizado por los lenguajes hegemónicos de la sociedad de

¿Se trata, acaso, de manifestaciones aisladas de la politicidad juvenil, o esta existe como campo de posibilidades para otra manera de ser joven en el capitalismo periférico tardío? ¿Son residuos o inercias ideológicas próximas a fenecer? ¿O será, tal vez, que la política –no importa su color y signo– aún da respuestas a las búsquedas de muchos/as jóvenes?

Por mi parte considero que, por fugaces que sean las expresiones políticas antisistémicas del estudiantado –tan fugaces como la condición misma de ser jóvenes y estudiantes–, ellas continúan configurando el panorama de la crítica social contemporánea y, en el caso ecuatoriano, como uno de sus elementos permanentes. Empero, su comprensión exige, ciertamente, abordajes no reduccionistas que nos permitan reconocer la pluralidad de sus manifestaciones, así como las sedimentaciones culturales y políticas en las que germinan.

Si consideramos la imposibilidad de evitar la influencia persistente de la cultura de la imagen y el consumo, al igual que del presentismo y hedonismo que modelan las nuevas sensibilidades y la ideología, quizá una metáfora adecuada para comprender la presencia –aparentemente paradójica– de los jóvenes en la política, sea la del palimpsesto, es decir, un “texto en que un pasado borrado emerge, tenazmente aunque borroso, en las entrelíneas que escriben el presente” (Martín-Barbero, 1998: 32)⁹. Podríamos entonces decir, que en las entrelíneas de la cultura de masas contemporánea –de la antiutopía y la contra-política– son rescatadas las utopías y los íconos políticos de antaño. ¿Bajo qué contenidos se amalgaman estas identidades políticas de jóvenes que, sin dejar de ser hijos de su tiempo, revalidan y resignifican los relatos existenciales de sus padres y abuelos? ¿Cuáles son esas condiciones peculiares que en los nuevos contextos culturales permiten la demanda de reformulación del “contrato social” vigente? Creemos que ni las presiones culturales y psicosociales de la telemática, ni la extensión

consumo”. En tal sentido, a sectores cada vez mayores de la población se les ofrece pautas estéticas, estilos de vida, consumos, gustos, *looks*, “como señales emblemáticas de modernización. La “juvenilización”, por otra parte, estaría adscripta a un espacio “mediado por la publicidad, hipersecularizado, estetizado, medicalizado”, siendo la expresión de “la búsqueda de un cuerpo inalterable, un espejo sin tiempo, una imagen sin pasado y sin las marcas de la historia y puede observarse, en sectores significativos de la sociedad, la caducidad de lazos de compromiso y solidaridad, antes vigentes, y el empleo de parte considerable de sus energías y deseos en el apego narcisista al cultivo y atención del propio cuerpo” (Margulis y Urresti, 1998: 15).

9 Aunque la idea del palimpsesto como metáfora de la identidad ha sido tomada del texto citado de Martín Barbero, dicho autor la usa en un sentido divergente al que estamos proponiendo. Parecería que la metáfora se refiere a la des-historización y des-localización de las culturas, las mismas que, des-localizadas, tienden nuevamente a hibridarse. En esta trayectoria resaltarían como elementos notorios la devaluación de la memoria, la hegemonía del cuerpo, la empatía tecnológica y la contra-cultura política (Martín-Barbero, 1998: 32).

del consumo han aniquilado la capacidad de evaluar el orden político vigente y –eventualmente, o frecuentemente– manifestarse, aun de manera radical y organizada. Desde esta perspectiva, pensaríamos que en la relación de la juventud con la política se podrían identificar al menos dos momentos: el de la politicidad activa, encarnada, por ejemplo, en la protesta o en el activismo y militancia en partidos o movimientos de diverso signo, y el de la politicidad diferida o latente, que si bien se manifiesta como un rechazo explícito a la política, podría en algún momento revertirse en pro de una adhesión política, aun cuando esta no se encuentre congruentemente formulada.

Nuestro interés aquí es problematizar el tema de la politicidad en toda su ambivalencia y contradictoriedad, e inclusive en sus déficits, sin solapar las huellas que los filtros sociales y culturales impresos por los desarrollos tecnológicos y los “consumos culturales” de la modernidad tardía dejan en la formación de la opinión de los/las jóvenes estudiantes¹⁰, aunque defendiendo un enfoque optimista de las posibilidades de la juventud para contribuir a los cambios que la sociedad requiere desde un posicionamiento político claro. Veamos ahora las hipótesis que vertebran la presente reflexión.

Al analizar en el capítulo anterior la movilización campesino-indígena sostuve que la protesta se articula a partir de un sentimiento de pertenencia a la “comunidad imaginada”, gestado en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. Tal sentimiento de pertenencia habría germinado al calor de las luchas por la tierra y las políticas desarrollistas y de mitigación de la pobreza rural impulsadas por el Estado sobre todo en la década de 1970, que hicieron posible cierto mejoramiento de las condiciones de vida, y últimamente en las luchas por la ciudadanía social y cultural, en el contexto de implementación de un modelo de ajuste. En otras palabras, los movilizados pugnarían por superar la disociación entre la existencia formal de un estatus ciudadano (en tanto declaratoria de derechos y obligaciones), por un lado, y la carencia real de recursos que garanticen la inclusión; carencia agravada por la persistencia de prácticas discriminatorias de la “sociedad envolvente” y la presión de la explotación agraria. Planteaba, además, que el momento movilizador de la ideología se encuentra vinculado a una “ciudadanía de sentido común” que se expresa en dicho sentido de pertenencia a la “comunidad imaginada”, cuyas formulaciones se convierten en el

10 Para una profundización de estos aspectos remito a los estudios de Cerbino, Chiriboga y Tutivén (Cerbino et al., 2001), a pesar de no concordar con todas las conclusiones de los autores. En este plano, es importante, sobre todo, la producción de Jesús Martín Barbero; remito asimismo, al texto aquí citado (Barbero, 1998). Como se observará a lo largo del presente capítulo, mi posicionamiento frente a los trabajos del giro culturalógico-comunicacional sobre la juventud es de rescate crítico.

fundamento discursivo para la profundización de la inclusión social y política. La protesta de dichos sectores estaría, pues, sostenida por contenidos bivalentes, en los que al eclipsarse el siglo y el milenio ha predominado la exigencia de derechos sociales por sobre la de reconocimiento cultural.

La lucha de la juventud estudiantil por la ciudadanía social aquí tendría una trayectoria y contenidos ideológicos diferentes, pues se trata eminentemente de representantes de los sectores medios, en su mayoría étnicamente homogéneos y conformantes de la “sociedad envolvente”, a pesar de su variedad en el espacio social. En este caso, el acceso a derechos sociales, recursos y servicios –acceso a la educación hasta un grado relativamente alto de escolaridad, en comparación con la gran parcela de la población que ha perdido este derecho social, junto con los beneficios que comporta la vida urbana, incluida la conectividad– constituye el fundamento de la existencia de una condición ciudadana en términos sociales. Bajo tal configuración, la protesta de la juventud estudiantil estaría animada por la reafirmación de una condición ciudadana por medio de un “acto de enclasmiento”, entendido en este caso, como atribución de derechos sociales o de reafirmación de los adquiridos, bajo el enunciado de la igualdad, acto que estaría mediado culturalmente por valores universalistas. En segunda instancia, considero que la movilización de la juventud estudiantil tendría como contexto de expresión unas formas de sociabilidad institucionalizadas que contribuyen a la manifestación de la crítica social; y es en el flujo de esta sociabilidad que, como en un palimpsesto, afloraría el cuestionamiento al contrato social, desde la profundidad de capas culturales e ideológicas superpuestas, en las que se sedimentan evaluaciones religiosas, creencias cotidianas, representaciones generadas por la cultura de masas y los saberes escolares.

El análisis se basa en testimonios de jóvenes estudiantes de colegios nacionales de la ciudad de Cuenca, provenientes, todos ellos, de familias de una posición social media y media alta. Los/las testimoniantes reconocen profesar un pensamiento de izquierda, aunque, a excepción de uno de ellos, no explicitan una adhesión partidaria, y se identifican como “independientes”. Recuperamos, asimismo, una entrevista informativa realizada con una dirigente local del Movimiento Popular Democrático¹¹, partido al que pertenecen las mencionadas organizaciones estudiantiles.

11 Agradezco a Nidia Solís por el diálogo que está beneficiando esta investigación.

ÍCONOS Y DISCURSOS

Las representaciones de la vertiente juvenil-estudiantil de la protesta, desde finales de los años setenta hasta nuestros días, ha sufrido mutaciones sustanciales, tanto desde el punto de vista de las imágenes que pueblan las narrativas socio-políticas, como de los abordajes disciplinares y las aproximaciones artísticas¹². Una muestra de la inflexión en la representación y de los discursos políticos subyacentes podrían ser las imágenes del cortometraje: *Yo sí que no tengo a nadie*, rodado en 1991 en Quito¹³:

Un joven, casi un adolescente –llamémoslo Juan– atraviesa nerviosamente y con premura una de las calles del centro histórico de la capital ecuatoriana. Por sus rasgos fenotípicos y su vestimenta, así como por el lugar urbano de referencia de las imágenes, Juan podría ser estudiante de uno de los colegios nacionales de Quito o de los primeros años de la Universidad Central¹⁴. Juan mira constantemente a su alrededor y se encamina con sigilo hacia los retretes públicos que divisa en la cercanía, para refugiarse, trémulo, en uno de sus compartimentos: el joven se sabe perseguido por dos agentes de la seguridad del Estado. Allí encerrado, aguja el oído y mira los pies de quienes ingresan al recinto, como intentando adivinar el paso de sus persecutores. Mientras tanto, en su memoria se agolpan recuerdos de las marchas y manifestaciones públicas en las que participara en un pasado reciente, recuerdos de su militancia en la organización juvenil revolucionaria, de la ceremonia de entrega del carné... Recuerdos queridos, pues en ellos se confunde el sentimiento por Amanda, también militante revolucionaria. Las imágenes, sin embargo, son empañadas por rememoraciones dolorosas, resentimientos y rencores hacia algunos de sus dirigentes, las privaciones que trajera consigo la dedicación a la lucha, la disciplina de las horas y los rigo-

12 Desde un análisis inspirado en la obra de Foucault, la teórica feminista y crítica del cine Teresa de Lauretis observa que los discursos y las representaciones mediáticas producen efectos de “tecnologías” de la subjetividad, produciendo efectos ideológicos, ya que las imágenes y mensajes internalizados modelan subjetividades concordantes con el orden hegemónico (De Lauretis, 2000). Esta explicación nos ayuda a comprender el porqué del torrente de representaciones “juvenilizantes” y hedonistas, así como de moralejas visuales como la que analizamos en este capítulo, justamente tras la caída del muro de Berlín.

13 “Yo sí que no tengo a nadie”, guión y dirección de Carlos Naranjo, Eréndira y La Estudio, Quito, octubre de 1991.

14 Instituciones educativas en las que predominan los/las jóvenes de extracción popular, y donde tienen arraigo y tradición tanto la Federación de Estudiantes Secundarios Ecuatorianos (FESE) como la Federación de Estudiantes Universitarios Ecuatorianos (FEUE), organizaciones vinculadas políticamente a los partidos de izquierda.

res de la clandestinidad¹⁵. Los pasos de los usuarios de los retretes continúan inquietándolo, mientras en su memoria y en su corazón se enfrentan la fidelidad a la revolución y la pasión por Amanda con el dolor de haber sido utilizado. La angustia de Juan va en aumento y también la inquietud de lo que pasaría si lo atrapan con la evidencia: el carné partidario. Contempla largamente su documento de identificación política y dubita sobre su destino: destrozarlo y echarlo al tacho de la basura, lo que significaría mancillar su fe en el cambio revolucionario, su vida de militante y también el recuerdo de Amanda, o conservarlo, y esto conllevaría el peligro de la detención y quizá confinamiento y torturas en las mazmorras de la seguridad del Estado. Pero deshacerse del carné podría también significar una nueva vida, su recomposición al servicio de sí mismo. Tras una larga espera, cuando percibe que sus persecutores lo perdieron de vista, Juan abandona rápidamente el retrete dejando caer el carné en su huida, o tal vez deliberadamente abandonándolo en el piso. Juan se salva, pues ya no hay una evidencia que lo incrimine y, quién sabe, podría ser la redención de su soledad. ¿Se trata de un desenlace feliz, del augurio de una felicidad teñida de nuevos colores? ¿Ha cedido su lugar el rojo de las banderas flameantes –con el fondo austero de los grises de la militancia revolucionaria– a los colores múltiples de una identidad restañada, o a la estridente policromía de la discoteca y el vuelo alucinatorio?

El final del filme puede tener varias lecturas, al margen de la intención de sus realizadores. Pero creo, sobre todo, que traduce una perplejidad que embargó a la sociedad ecuatoriana al entrar en la última década del siglo XX. Perplejidad que condensa la encrucijada de todos: de los sujetos que vivieron el vacío existencial que advino después del derrumbe del socialismo; del poder y sus personeros que se abocaron a la tarea de encauzar –de múltiples maneras: humanistas, pseudo-humanistas y deshumanizadas– a las ovejas descarriadas; de los hacedores de la cultura que se vieron en el apremio de inventar nuevos íconos y lenguajes con los cuales elaborar nuevos discursos.

Ya hacia en las postrimerías de los años noventa, podemos ver que las perspectivas analíticas sobre la juventud han anclado en los siguientes enunciados: el “mercado” como sustituto de la “política”; el

¹⁵ Las referencias a la clandestinidad remiten a la época del gobierno del ultraderechista León Febres Cordero (1984-1988), cuando se persiguió ferozmente a militantes del movimiento “Alfaro vive, carajo”, vinculado al M-19 de Colombia y al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) del Perú, conformantes, todos ellos del “Batallón América”. El joven representado en este caso es el símbolo de todo militante revolucionario, aun cuando, ciertamente, muchos militantes de “Alfaro vive” abjuraron explícitamente de su doctrina y adhesión revolucionaria.

“consumo” en lugar de la “reivindicación”; “tiempo libre” por “compromiso” (y/o “militancia”); “mediaciones” y “nueva tecnología”, como sustitutos de “aparatos ideológicos”. Los nuevos enunciados se asocian también a nuevos íconos, siendo el icono predominante el del joven urbano beneficiario de la conectividad, conformante de tribus cohesionadas emocionalmente¹⁶, mientras el “estudiante” desaparece de la galería visual de la posmodernidad¹⁷. Así, durante las últimas tres o cuatro décadas, la representación de dicho sujeto social ha oscilado entre el enfoque político-sociológico de décadas anteriores, teñido de una emotividad romántica que exalta la virilidad-rebeldía-martirio, con el libro bajo el brazo como atributo, y una perspectiva culturalista que –oscilante entre el escepticismo y el encantamiento– tiene sus objetos privilegiados de reflexión en el consumo de bienes materiales y simbólicos (¿y por qué no de drogas?) y las identidades constituidas en el flujo incesante de las imágenes y la conectividad¹⁸.

Existen, con todo, otras representaciones: las mediáticas, que también forman parte del discurso globalizador. La primera de ellas estaría anclada notablemente en la construcción de un “imaginario del miedo”, siendo también portadora de un sentido de criminalización de la juventud, a través de los énfasis en aspectos delincuenciales, de la conversión de esta en “nuevo enemigo de la sociedad” (Reguillo, 1997)¹⁹. Y en los albores del siglo XXI el recorte mediático otorga preponderancia al joven político “aséptico”, tomando como punto de partida las

16 Margulis y Urresti apuntan la construcción, en el plano mediático-publicitario, del mito del joven “construido según la retórica de la mercancía, fácilmente identificable con un patrón estético de clase dominante y ligado con los significantes del consumo” (1998: 17).

17 Por otro lado, es de notar la invisibilidad del/la joven rural, con sus preocupaciones, valores y necesidades, a quien la emigración a la ciudad o a otro país no convierte automáticamente en el modelo de joven urbano/a que goza de cierto bienestar, tiempo libre y acceso a la tecnología de la comunicación, aunque le transfiere algunas de las características y los problemas de la juventud urbana, entre los que se cuenta el desempleo.

18 En este punto dialogo con Jesús Martín Barbero, quien al caracterizar las identidades juveniles gestadas en la era mediática sostiene que uno de los rasgos de ellas sería la “empatía tecnológica”, esto es los nuevos sujetos culturales se construirían a partir de la conexión-desconexión con los aparatos; la empatía deviene de la enorme capacidad de absorción de información por medio de la televisión o de los videojuegos computarizados “que erosiona la autoridad de la escuela como única instancia legítima de transmisión de saberes” (Barbero, 1998: 35).

19 Carlos Tutivén analiza la representación mediática de las culturas juveniles de Guayaquil de la siguiente manera: “En los medios de comunicación masiva, estas culturas existen a condición de la rareza, la anormalidad, la propaganda, el escándalo amarillista o la novedad desatendida, su publicidad es mediocre y desatinada. Los medios, o reducen a los jóvenes a la delincuencia y a la criminología juvenil, o los hace protagonistas del espectáculo trivial, farrero y por ende marketero” (Tutivén, 2001: 125).

dicotomías joven-virtuoso/viejo-corrupción. Se trata del (la) *yuppie* de extracción media alta que milita a favor de la participación política *per se*, abominando los conflictos y antagonismos sociales; de esa manera, otras expresiones políticas juveniles son convertidas en abyección. En suma, la pluralidad de tales es borrada del mapa de la política, hiperbolizando ciertos íconos “químicamente puros”.

Con todo, considero que ambas perspectivas analíticas resultan complementarias, en el sentido de que cada una ilumina facetas del sujeto múltiple, interdictas por la otra perspectiva. Sin embargo, no se trata solamente de un problema de complementariedad o falta de ella, sino de las consecuencias de la supresión de una faceta importante de la multiplicidad de los/las jóvenes, del énfasis apologético en ciertos aspectos de la politicidad juvenil, de la construcción de íconos acordes al discurso globalizador. En este sentido, si bien es cierto que la escuela en la actualidad no es el espacio privilegiado de la adquisición de saberes, considero que tampoco ha perdido importancia como ámbito de aprendizajes y adquisición de competencias profesionales requeridas por la reproducción del orden hegemónico, ámbito en el que contradictoriamente se conjugan la formación disciplinada de tales competencias y el campo abierto de posibilidades para la emergencia de politicidades críticas y de formas de sociabilidad que las organizan.

Hay, además, un desdoblamiento clave producido por tal obliteración. Y es que la interdicción contemporánea de lo social conlleva a que, como sostiene Nancy Fraser: “La dominación cultural reemplaza a la de la explotación como injusticia fundamental. Y el reconocimiento cultural desplaza a la redistribución socio-económica como remedio a la injusticia y objetivo de la lucha política” (Fraser, 1997: 17). Mientras tanto, lo que hemos visto emerger con fuerza a través de la protesta estudiantil es la demanda de atención a una aguda problemática social, cuyo espectro va desde los requerimientos institucionales de presupuesto para la educación y salarios para el magisterio, pasando por las cada vez más altas erogaciones destinadas a pasajes y materiales de estudio, hasta la exigencia misma de mejoramiento de condiciones de vida de la población.

Ahora bien, la organización social ciertamente ha sufrido importantes mutaciones en la modernidad tardía, a merced del impacto en la cultura que ha conllevado, por ejemplo, a la transformación de la sociabilidad juvenil y la emergencia de las culturas juveniles y el declive de fenómenos como el movimiento estudiantil, en la versión de los años sesenta y setenta. De la siguiente manera explica Carlos Tutivén las mudanzas en la modernidad tardía:

La configuración del capitalismo postmoderno, caracterizado por los mercados transnacionales y la virtualización de las

finanzas globales gracias a la revolución informática y comunicacional ha desquiciado el anterior orden desde donde se delineaban las estrategias políticas del Estado-nación como de los actores sociales que intervinieran en ese marco de acción. Las comunicaciones satelitales, las migraciones poblacionales intra e internacionales han alterado el espacio y el tiempo de la sociabilidad civil, lo que ha implicado el estallido de viejas formas de reconocimiento social y la creación de nuevas formas ligadas algunas a las nuevas tecnologías y, otras, a la sobrevivencia diaria, la pobreza lacerante, el trabajo informal, lo que ha requerido de imaginación y producción simbólica *sui generis*, o la resignación y huida masiva (Tutivén, 2001: 102).

Entonces, en la comprensión de la condición actual de la protesta de la juventud estudiantil deberían confluír, hoy en día, tanto la variable de las demandas sociales como el examen de la influencia de los discursos mediáticos, en tanto factores ideológicos que configuran la intensidad y la especificidad de la lucha por la ciudadanía social. Mi acuerdo con los planteos de Tutivén llega hasta ahí, y en adelante deseo esclarecer las implicancias de una propuesta contenida en su diagnóstico sobre las bases político-culturales de la modernidad y el capitalismo tardío. Carlos Tutivén sugiere que

La crisis del Estado nación, el auge casi infinito del mercado mundial, y la planetarización de las comunicaciones han hecho estallar los moldes desde donde se organizaba la vida social moderna. [...] Al pacto social racional hoy le sigue la comunidad emocional (Tutivén, 2001: 107).

Y argumenta el autor, sobre la base de la célebre obra de Michel Maffesoli *El tiempo de las tribus*, que dicha comunidad emocional se plasmaría en las “tribus urbanas”, esto es, en conglomerados humanos cohesionadas gregariamente por los sentimientos, mas no desde las instituciones y la racionalidad que da forma a los sentimientos, y propicia formas políticas institucionalizadas. Por mi parte, disiento con las posturas dicotomizantes, más aún si consideramos que la obra de Maffesoli fue elaborada para explicar la posmodernidad occidental, y más concretamente para entender la temporalidad europea de los años noventa. Dichas tesis, por lo tanto, deben ser relativizadas al ser aplicadas a la comprensión de sociedades como la nuestra, donde si bien lo moderno-occidental-individualista y abstracto tiene un importante arraigo, el poder de la comunidad nunca se desvaneció, y en la que han persistido la importancia de las relaciones personalizadas y el rol de los afectos en la existencia de las instituciones políticas. En realidad, creo

que antes que una secuencialidad antagónica de lo racional-abstracto y lo emocional-gregario, lo que existiría como cemento cohesionador de las colectividades juveniles sería un juego dialéctico de sensibilidades, sin que lo puramente instrumental haya desplazado en la modernidad a los sentimientos, la emotividad y la solidaridad como cemento de las relaciones humanas.

Por otro lado, un elemento prevaleciente en las prácticas de la sociabilidad para Maffesoli sería lo “lúdico”, es decir aquello que no tiene una finalidad específica o una practicidad concreta (Maffesoli, 1987: 101-141). La pregunta sería: ¿podemos concebir a las agrupaciones políticas juveniles “tradicionales” y contemporáneas sin aquellas características? ¿Para muchos y muchas, no era acaso la revolución un juego y un estilo de vida, a pesar de que las prácticas políticas tenían una fundante finalidad de la transformación social?

Discrepo, pues, con la visión dicotómica del pacto social racional moderno frente a la comunidad emocional posmoderna, puesto que aun bajo la vigencia de formas políticas institucionalizadas (léase partidos, sindicatos o cualquier otra forma organizativa “tradicional”, es decir moderna, desde el punto de vista de Tutivén) y racionales, los sentimientos y las emociones tienen también el papel de cemento último de toda sociabilidad y cohesión, entrelazándose mediante identificaciones horizontales, proyecciones afectivas, sobre todo entre los miembros de base.

A decir verdad, percibo una sobredeterminación y un pesimismo no siempre justificado en los trabajos de los autores de lo que denominaría el “giro culturoológico-comunicacional”, al momento de explicar y comprender las identidades juveniles contemporáneas, marcadas de acuerdo con ellos, por la indiferencia y el hedonismo, forjadas al calor del consumo y las nuevas tecnologías de las comunicaciones. Esgrimo a mi favor el argumento ya citado sobre la heterogénea distribución de las identidades en el tiempo y el espacio (Calhoun, 1994: 12). Tal heterogeneidad proporcionaría intersticios sociales, geográficos, institucionales y aun emocionales e intelectuales, en los que se facilitarían la emergencia de las líneas borrosas del “palimpsesto”, y se posibilitaría el flujo de las politicidades, activa y diferida, incidiendo en la esfera pública y aun contestando al orden hegemónico neoliberal. Por lo mismo, sugiero que la tecno-fascinación y la eclosión de las comunicaciones no han colonizado en términos absolutos al mundo de la vida, que continúan existiendo intersticios que permiten la germinación de la politicidad activa e ideológicamente mediada que, eventualmente, logra plasmarse en formas organizativas, diferenciadas a las de los grandes conglomerados político-sociales de antaño. Quizás en estas nuevas formas de organización los colectivos de menor escala tengan, ciertamente, mayor peso,

sirviendo de sustento a nuevas racionalidades y formas de la política institucionalizada, cuya comprensión es una tarea importante.

Entonces, un decenio después del rodaje del filme narrado en páginas anteriores, cuyo argumento, seguramente, es fiel a las opciones tomadas por muchos/as jóvenes de los años noventa, parecería que la crítica social y ciertamente la política continúan siendo opciones para muchos/as chicos y chicas coetáneos/as de la intensificación del ajuste en el Ecuador de nuestros días. Es eso lo que deseamos argumentar en las páginas que siguen.

EXPERIENCIA, VISIÓN DEL MUNDO SOCIAL Y PRODUCCIÓN DEL CONFLICTO

¿Cómo entonces, se construye la visión del mundo social que detona la protesta? Intentaremos responder a esta interrogante, centrándonos en dos relatos, los de Marcia y Joaquín.

MARCIA

Entrevisté a esta testimoniante de 18 años cuando ella cursaba el último año de un colegio nacional de Cuenca. Mi interlocutora creció en un ambiente ilustrado y proviene de sectores de la elite cultural y política de la ciudad. Marcia explica su opción por la militancia revolucionaria a partir del ambiente familiar:

[...] desde muy pequeña [asimiló las ideas revolucionarias], también porque mis papás estuvieron en esto, y bueno, crecí en un ambiente en donde ya veía la revolución, ya veía un cambio, donde vi también mucha pobreza, mucha riqueza, entonces yo creo que esto te hace darte cuenta y marcarte tu ideología.

Su actitud crítica estaría entonces estrechamente trenzada con su biografía y ambiente familiar, y es desde allí que la interlocutora construye el sentido de su presencia en la protesta a partir de la dupla “pobreza/riqueza”, que en el transcurso del diálogo se alimentará con nuevos tópicos que caracterizan la situación de injusticia a la que ella se opone: desigualdad, discriminación, hambre, represión. Su posicionamiento crítico le habría llevado a sentirse inconforme con las reglas vigentes en el colegio de clase alta en el que había iniciado sus estudios secundarios, y esto la llevaría a tramitar el cambio a un colegio nacional, puesto que

[...] no me gustaba la visión de la vida de la gente de clase social alta, eso y también mucha discriminación, si vos no ibas con zapatos de marca eras mal vista, si vos no tenías las cosas de moda eras mal vista, era bastante duro, simplemente se fijaban

en tu apellido, cuanta plata tienes, pero no más allá. Entonces por eso me cambié, entre otras cosas [...]. No te dejaban expresar, esa sería la razón principal. El hecho de que vos llegues y digas: “bueno, Pinochet fue un desgraciado que hizo esto y aquí están las torturas que hizo, que yo saqué de un libro que yo leí, el Che Guevara fue esta persona, fue lo mejor”, yo que sé. Y simplemente era: “no”, porque no te metías en política porque el colegio era apolítico; decían que era laico, pero igual hacían misa.

Sometida a la vigencia de tales reglas, ella entraría en conflicto con las autoridades. Y debió enfrentar tal situación:

[...] poniendo fuerza para que las leyes y la igualdad se cumplan, o sea para que nuestros derechos como estudiantes se cumplan. Muchas veces enfrentando a la misma rectora, a la vicerrectora, que son gente de mucha plata, gente totalmente derechosa. Pero yo llegué con mi ideología y nunca cambié, o sea me conocieron así, y yo era así. Luego salí en tercer curso al colegio que estoy ahora, que es fiscal, universitario, donde ya la protesta es un hecho más común, y es prácticamente una forma de vida.

Como veremos, es sobre la base de este relato que Marcia construye el sentido de su vida, aun cuando suponemos que sus definiciones ideológicas serían, sobre todo, el resultado del contacto con estudiantes radicalizados. El cambio de colegio, acaecido hacia la mitad de la secundaria, habría contribuido a lograr congruencia entre su pensamiento y sus acciones:

[...] desde ahí empecé a salir, ahí es cuando yo me destapé, podría decir, me di cuenta lo que yo tenía en idea, cuando llegué a mi colegio pude vivir en carne propia lo que era salir a una manifestación, luchar, muchas veces correr, sentir vértigo, sentir miedo, sentir hasta hambre. Entonces ya fue un contacto mucho más directo con lo que yo había pensado. Desde que estoy en mi nuevo colegio, desde la época de Jamil he salido a las manifestaciones, he seguido, casi no he faltado, sigo saliendo.

Un lugar notable en la protesta tiene, para ella, el sentimiento del colectivo, de la solidaridad de los diversos y la unidad, siendo particularmente impactante la experiencia de las movilizaciones de 1997 por la impugnación de Abdalá Bucaram:

[...] había un montón de gente, gente de todo lado, niños, ancianos, gente disfrazada, gente de terno, de pollera, de alpargatas.

Eso me marcó mucho yo creo, ver la diversidad. Que luchaban y todos muy unidos, no importaba de dónde seas, de dónde vengas, qué pensabas, por qué teníamos que derrocar a este presidente, pero todos estuvimos juntos hasta el final, hasta que el presidente tiró la toalla. [...] Eso fue algo que me impactó mucho: la gente y la fuerza con la que la gente luchaba.

Dicho sea de paso, la idea de la amistad, la unidad y solidaridad grupal es enfática en todos los testimonios; y es Pablo, un interlocutor de 15 años con quien dialogaremos más adelante, quien mejor expresa las sensaciones experimentadas en la movilización del 5 de febrero de 1997, que fue la primera en su trayectoria: “me sentía como enardecido, bien, feliz porque veía a la gente que gritaba, no sé cómo decirte, fue especial porque la gente estaba unida, gritaban, salían mucha gente.”

En lo que se refiere a las proyecciones políticas de Marcia, ellas están ancladas en la idea de la revolución y en la proclama de ideales universalistas similares a los de la izquierda revolucionaria de los años sesenta o setenta, aunque no parecen tener un lugar explícito nociones tales como “explotación”, “capitalismo”, “clase”, y se privilegian nociones expresadas con términos del léxico contemporáneo, tales como “corrupción” y “diversidad”.

Uno de los motivos centrales de su testimonio es también el de la igualdad, que sería la meta del cambio revolucionario:

Yo he creído siempre, desde que me acuerdo, en la igualdad; en la igualdad en todo sentido. Ha sido una ideología menos desarrollada que la que tengo ahora, pero siempre pensé que todos éramos iguales, y que este país y este sistema hace que las cosas no sean así, que haya mucha desigualdad social, que haya gente que se muere de hambre y que haya otros que tengan una mansión donde puedan entrar diez, veinte familias y podrían vivir bien. Unos ganan un montón, otros... viven con un dólar diario una familia.

¿Cuál sería en este contexto el momento movilizador y el eje del conflicto? Quizá de una manera distante en el caso de ella, podría ser el rechazo de una posibilidad de descenso social, pero esto en la elaboración del sentido de su vida sería secundario, pues Marcia y su familia se encuentran firmemente posicionadas en los sectores medios-altos de la sociedad, tanto en lo que se refiere a capital económico, como a capital simbólico y cultural. Sobresalen, en sus palabras, las ideas de justicia y dignidad asociadas, muy fuertemente, a la búsqueda de encarnar la protesta, “la bronca”, el espíritu de sacrificio. Su símbolo marcante es el Che Guevara. Del subcomandante Marcos dice que es “un humanista impre-

sionante”, aun cuando tendría un pensamiento localista, a diferencia del Che, quien habría tenido “un pensamiento más universal” (“recorrió el mundo, América Latina”, “abandonó el cargo de ministro de Economía [...] cosa que en nuestro país muchos se han aprovechado”).

JOAQUÍN

Escuchemos ahora el testimonio de Joaquín, un joven de 17 años, también de posición social media, aunque de ubicación más bien popular. Joaquín es condiscípulo de Marcia y reside en un barrio tradicionalmente habitado por sectores medios-bajos. Es, además, músico, hijo de músico y familiarizado con los géneros bailables (sobre todo ritmos “tropicales”), y mantiene su propia “orquesta” (una banda) con la que ameniza fiestas y reuniones sociales. Dice también ser un cantautor que interpreta música de protesta: “Yo canto por una patria más libre, toco por una bandera de libertad, hablamos de juntarnos en una plaza para decir que estamos cansados de que se nos oprima, que se nos calle nuestra voz”.

Su testimonio es bastante fluido y podría ser considerado como un caso paradigmático de una “*doxa*” ilustrada, fruto y, a la vez, ejemplo de una socialización masculina urbana, rasgos que le permiten discurrir ágilmente entre los problemas sociales y políticos latinoamericanos contemporáneos, transitando elocuentemente, aunque con incongruencias, por ciertos temas referidos al orden social, tales como las jerarquías, el modelo económico, la política internacional. Es ambivalente frente al modelo neoliberal, contradictorio al evaluar a Pinochet como personaje político, y poco claro en lo que considera como los métodos adecuados de la protesta, sobre todo frente a la “violencia” y la “insurrección”. Observemos como Joaquín construye su modelo de universo social, ubicando dentro de él a la protesta en el siguiente trecho de su testimonio:

P.: ¿Desde cuándo protestas?

R.: Yo me he preocupado de los problemas sociales y de la comunidad, desde que en mi propio hogar surgieron problemas económicos, a raíz de las medidas económicas que se dieron en el país. Hay personas [a las] que antes no les afectaba, por eso uno se ve obligado a dar su voto de rechazo, al ver tanta injusticia y corrupción de por medio, tanto dinero que se llevan de nuestro país; uno alza la voz para protestar ante tanta mediocridad de la gente. Antes de armar una protesta se debe también concientizar a la gente.

[...]

P.: ¿Protestar, para qué?

R.: Es poder tener un punto de vista socialista pero en el buen sentido de la palabra, no hablemos socialistas en lo político o en lo económico. Decimos “socialista” porque todo el mundo debe tener lo básico para vivir, pero no por eso la gente debe explotar a la demás gente para tener más poder y jerarquía. Simplemente, en la idea socialista que tengo yo es que la jerarquía se la debe ganar con el respeto de la gente [y] no porque [se] tenga más dinero o más empleados [...] Yo hablo de un socialismo en el buen sentido, porque obviamente las políticas socialistas se dan, por ejemplo, en lo que se llama el comunismo, en Rusia, aunque ahí no fue bueno. Hasta ahora no se ha visto el comunismo en toda la palabra porque hay jerarquías, se dice que en el socialismo todo es para todo el mundo, pero siempre hay jerarquías, siempre hay el que dirige a todos, y eso a mí no me parece [...] La persona que dirigió el levantamiento debe siempre estar comunicándose con la comunidad y no decir: “yo llegué a esto y yo merezco más privilegios”. Yo digo que las jerarquías se dan más por lo económico, aquí en el país hay jerarquías cuando las personas que tengan más empresas, más empleados eso para mí no es correcto; la jerarquía tampoco sería solo por lo económico, sino por la opresión que significa. El que tiene más educación es una persona más respetada, es la que sabe compartir lo que tiene, para mí esa persona tiene más respeto que otra que tiene cien empresas y que explota a la gente.

Para Joaquín, los hechos centrales del orden social vigente serían la injusticia y la corrupción, y es la primera la que estaría en el origen de las jerarquías y la explotación. Otro hecho negativo sería también la “mediocridad de la gente” que inhibe el cambio social (en otro trecho, Joaquín añadiría también el alcoholismo como un componente negativo del mundo actual). Lo opuesto a estas situaciones negativas sería “el socialismo”, en el que las jerarquías serían construidas solo mediante el respeto que se debe ganar a base de la educación, y no por el dinero que se posea. Es esta proyección de un mundo basado solamente en las jerarquías “simbólicas” la que dota de sentido a las acciones de protesta de Joaquín; sin embargo, también existirían situaciones de orden ético-político concreto por las que habría protestado durante la época del gobierno de Mahuad, ya que, según sus palabras, ese político no habría tenido “valores morales para gobernar”:

Jamil, es una persona que no tuvo la ética suficiente para vencer al país, primero porque utilizó la alcaldía del Municipio de Quito para llegar al poder, ahí no se le podía tildar de co-

rrupto, porque hizo las cosas bien, en cambio en la presidencia creció la ambición y ese tipo se vendió, para mí pasó así, como mucha gente lo hace aquí, incluso dirigentes muy buenos, pero el poder del dinero les corrompe, y si no acepta, la corrupción es tal que lo matan si no acepta. Yo nunca me sentí defraudado porque yo siempre pensé eso, que utilizó la alcaldía para hacer eso, si él necesitaba o quería hacer algo por el país podía hacerlo de muchas formas, no necesitaba ser presidente.

Como veremos, la protesta, según Joaquín, no se encuentra asociada en primera instancia a la necesidad económica; entonces, podríamos interpretar que, en el caso de Joaquín, ella estaría motivada más bien por los excesos inaceptables de manejo “inmoral”, aun cuando el mal manejo es tolerado hasta cierto punto. Este parece ser el punto en el que se anuda la producción del conflicto, en el que se desborda la impugnación; la protesta, empero, tampoco se encuentra disociada de la necesidad inmediata, y se tamiza con un sentido de “justicia” y “dignidad” de alcance universalista:

Mi mamá tiene una enfermedad y compraba medicamentos cada quince días, yo llegué a la casa y mi mamá no tenía para los medicamentos porque estos medicamentos ya habían subido de precio, tal vez ese fue el hecho más indignante para que se dé ese cambio en mí. Yo me puse a pensar en ese momento que eso pasaba en mi casa que éramos de un nivel económico medio, qué pasaba con la gente que vive mucho más abajo, seguramente podrá morir por no poder comprar esos medicamentos. Nosotros haciendo un esfuerzo podíamos sacar para los medicamentos para mi mamá, pero hay gente que no puede, hay jubilados que ganan 8 o 10 dólares y esto está mal, porque mi papá también es de edad y él cuando se jubile, a mí me va a indignar que habiendo dado 35 años de su vida al trabajo, pese a tener educación, que finalmente le den 8 dólares mensuales, eso sí que es demasiado indignante.

Tendríamos, entonces, un repertorio de valores como mediación cultural y sentido de la protesta: por una parte la demanda de moralidad y de valentía, que son vistos como atributos inherentes a un mandatario y, por otro lado, el requerimiento de una justicia de alcance universalista y el respeto a la dignidad, que como hemos visto, se expresa a través del eje formado por las oposiciones “injusticia-jerarquías económicas/socialismo-justicia- jerarquías simbólicas”. La protesta se ubicaría tanto en la proyección de un mundo justo como en la defraudación por el

incumplimiento de una “esencia” del mandatario²⁰ (ver esquematización en el Cuadro 6 del Anexo).

Creeríamos además que, en la identidad de la protesta, en el caso de Joaquín, está presente también la aspiración tanto de ascenso social, como de proyectarse como dirigente, de ahí la mención de la alocución desde la tarima como forma de protesta “ideológica”. Tal aspiración de movilidad social configuraría la oscilación de su habla entre el discurso radicalizado y la demanda de reconocimiento del “capital cultural” como criterio de posicionamiento en la escala social; y es en ese lugar social ambiguo de un miembro de los sectores medio-bajos que se produciría su amorfo punto de vista político, el mismo que en cierto sentido constituiría una especie de plataforma de negociación con una sociedad que tiende a asignar de manera rígida el estatuto de clase: en razón de capital económico, capital simbólico (apellidos) y cultural, e inclusive del color de la piel.

Hasta aquí hemos escuchado dos alocuciones que, a pesar de las similitudes de los referentes universalistas de las que parten, encarnan modelos discursivos diferenciados: el uno se asocia a una cultura letrada, a un estatuto social definido, así como a un contenido doctrinario coherente; el otro es oriundo de una matriz cultural popular, y se origina en un lugar social relativamente inestable y marcado por un déficit de capital simbólico, generando una posición doctrinaria ambivalente.

¿Cómo comprender la protesta de estos jóvenes que ocupan un lugar social y pautas culturales disímiles, y a la vez distantes socialmente de la necesidad extrema? ¿Cómo comprender su compromiso con ideales universalistas?

Quizá deberíamos tomar en cuenta, en primer lugar, que su lugar de habla en general se configura a partir de un estatuto ciudadano más o menos estable en el aspecto social, de acceso al derecho a la educación y a recursos que les permiten a ellos/as y sus familias mantener un estándar decoroso de vida. Parecería que el enunciado de la igualdad tiene en esta circunstancia a su primer punto de anclaje, al factor que les permite incorporar esta noción en sus esquemas de percepción y

20 La atribución y la exigencia del cumplimiento de estos requisitos estarían vinculadas con lo que Bourdieu denomina “competencia como propiedad estatutaria” y que se origina en una “marca” impuesta al individuo, en consonancia con sus definiciones sociales: “El efecto de marca (en el sentido de acción de marcar) que produce la imposición de propiedades tales como el estatus escolar o la identidad sexual se impone al individuo marcado –requerido de este modo para estar a la altura de sus definición social– así como también a los demás que esperan de él que realice su esencia [...]. Esto es lo que hace que la competencia en el sentido de la cultura específica esté con respecto a la competencia como en el sentido de propiedad estatutaria en la relación de la existencia con la esencia: únicamente a aquellos a quienes pertenece el poseerla pueden realmente adquirirla y únicamente aquellos que están habilitados para poseerla se sienten obligados a adquirirla” (Bourdieu, 1998: 419).

orientación en el mundo social, que Bourdieu ha denominado con el término de *habitus*. La producción del conflicto tendría como momento inicial al “acto de enclasmamiento” que se realiza por medio del enunciado de la igualdad, que en este caso cumple la función de un “juicio de atribución”. Expliquémonos, según Bourdieu:

todo conocimiento del mundo social es un acto de construcción que elabora unos esquemas de pensamiento y de expresión [...] Entre las condiciones de existencia y las prácticas o las representaciones se interpone la actividad estructurante de los agentes que, lejos de reaccionar mecánicamente a unos estímulos mecánicos, responden a los llamamientos o a las amenazas de un mundo cuyo sentido ellos mismos han contribuido a crear (Bourdieu, 2000: 478).

En tal sentido, la idea de “igualdad” no es otra cosa sino un “juicio de atribución” (Bourdieu, 1998: 483) que justifica su “enclasmamiento”, su autodesignación como miembros de los sectores medios urbanos que durante el siglo XX accedieron a una condición moderna de ciudadanía; juicio de atribución que sería, asimismo, la expresión de un proceso de deconstrucción más o menos exitoso de las jerarquías coloniales. El juicio sobre la igualdad sería la punta del ovillo del *habitus* en el que germinan estas identidades políticas beligerantes; es el juicio de atribución que, más allá de “motivaciones egoístas” construye y transmite un sentido del “yo” en el espacio social²¹.

En nuestros ejemplos, el indicio más claro de que lo que preside la constitución ideológica y las identidades de la protesta, en este policromo sector socio-etéreo, son los actos de enclasmamiento, es la búsqueda de ascenso social perceptible con claridad en el relato de Joaquín, quien se explaya en el diagnóstico del origen de las jerarquías, así como en las prescripciones para su eliminación.

En un segundo momento tenemos la intervención de valores tales como la solidaridad, quizá no exenta de motivos cristianos –como es, por ejemplo, la idea de entrega y sacrificio–. Y es aquí cuando la idea de igualdad se extiende “naturalmente” para encarnarse en las prescripciones para la organización del mundo social. Es decir, dichos valores reforzarían el sentido que se otorga al mundo. Precisamente es en ellos que se aloja el constitutivo fundamental de la identidad que,

21 La construcción de un lugar social mediante el “enclasmamiento” tendría varias dimensiones: la autoatribución de un lugar mediante juicios y consumo de determinados objetos “apropiados”, la atribución que realiza, por ejemplo, el sociólogo, y el lugar en las relaciones de producción. Así, según Bourdieu: “una clase se define por su *ser percibido*, tanto como por su *ser*; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción [...]” (Bourdieu, 1998: 494).

según Calhoun, sería el sentido de “quien uno es como persona y lo que significa seguir viviendo con uno mismo” (Calhoun, 1999: 97).

Ahora bien, hasta aquí hemos hablado de aspectos latentes que subyacen a la producción del conflicto, la misma que se potenciaría en contextos de crisis social, cuando se cierne la amenaza sobre la continuidad del sentido de la vida que los sujetos construyen, desde su experiencia, deseos y proyectos. La continuidad del sentido del mundo y de la propia existencia podría garantizarse –de manera similar a lo anotado por Calhoun (1999: 87) en su análisis sobre la actuación de los estudiantes en 1989 en la plaza de Tiananmen– mediante la trascendencia de las barreras de clase hacia ideales universalistas, que habrán de encarnarse en la lucha expresada elocuentemente por Marcia en la palabra “bronca”; sentimientos que garantizan la coherencia subjetiva.

POLITICIDAD Y PROYECTO POLÍTICO

Hemos explorado las representaciones subyacentes de la protesta, así como los inicios del proceso de constitución de las identidades políticas de la variopinta “juventud estudiantil”. Analicemos ahora cómo ellas adquieren la potencialidad de incidir sobre el orden social a través de enunciados que poseen una compleja estructuración, y cuyo origen radica tanto en los saberes empíricos como en los saberes derivados de doctrinas políticas estructuradas en torno al poder, la autoridad y otros componentes del sistema político (que en el capítulo anterior hemos denominado “politicidad”); saberes encauzados proyectivamente y plasmados en prácticas políticas.

En esta sección procuraremos identificar los proyectos grupales y/o colectivos subyacentes, a través del análisis de las representaciones sobre lo político y la política, de los contenidos y estilos de la participación en la protesta, y, finalmente, de las prácticas organizativas.

Cabe anotar que aun cuando se ha debilitado la influencia de las instancias políticas estudiantiles prevalecientes en décadas anteriores, las ideas que inspiraron a la juventud de esa época continúan siendo atractivas para los núcleos de jóvenes contestatarios/as de hoy. En virtud de lo cual, las principales fuentes del conocimiento político derivado continúan siendo las lecturas del diario del Che en Bolivia, *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano y el *Manifiesto del Partido Comunista*. En el medio local tienen muy poca difusión las obras de la crítica contemporánea europea y norteamericana, como *Imperio* de Negri y Hardt, o *No logo* de Naomi Klein; y esto ocurre a pesar de que han sido establecidos contactos con los movimientos “globalifóbicos”, y de la participación de algunos/as de los/las interlocutores/as en encuentros y protestas que convocaron a jóvenes de muchas nacionalidades, como la protesta de 2002 realizada en Quito contra el ALCA.

Como sostiene Mario, uno de los interlocutores con quien dialogaremos de manera extensa más adelante: “la Biblia de los jóvenes actualmente es *Las venas abiertas...*”. En ese sentido, la opinión de estos/as jóvenes continúa siendo alimentada desde una vertiente de pensamiento latinoamericanista que se nutre de un fuerte simbolismo revolucionario, cuya matriz fue elaborada a lo largo del siglo XX, y que es compatible, también, con una imagística cristiana. Considero que el concepto de “imagística” elaborado por E.P. Thompson sería el más adecuado para transmitir esa coloración especial de algunas hablas, como las de Marcia y Mario, que están permeadas del simbolismo cristiano a través de las ideas de la entrega y el sacrificio, y también de la “bronca”, aun cuando sin encarnarse en símbolos inmediatamente perceptibles. Así pues, según Thompson:

Cuando hablamos de “imagística”, entendemos mucho más que simples figuras de lenguaje que “revisten” motivos ocultos. La imagística es en sí misma, una evidencia de fuertes motivaciones subjetivas, tan “reales” y eficaces cuanto las objetivas [...]. Es la señal de cómo los hombres sentían y esperaban, amaban y odiaban y de cómo preservaron ciertos valores en la propia textura de su lenguaje (Thompson, 1987: 50-51).

Hemos observado ya la presencia de una familia de palabras tales como “revolución” y “socialismo”, las mismas que, a mi juicio, ponen de relieve, sobre todo, la oposición a un estado de cosas, pero que también podrían significar una adhesión política. Analicemos ahora los sentidos subyacentes a estos términos, relacionándolos con el conjunto de sentidos indicativos de la politicidad y el proyecto político, a través del examen de tres testimonios (Marcia, Joaquín y Pablo). En ellos comprenderemos las evaluaciones sobre el poder político existente, a través de las representaciones sobre “gobierno” y “sistema”, de las concepciones sobre el cambio social y el papel de las organizaciones.

MARCIA

Como vimos en la sección anterior, el mundo social actual es representado por esta interlocutora a través de los términos antitéticos “riqueza-pobreza” e “igualdad-desigualdad”. Sin embargo, aquellos no serían los únicos elementos marcantes de esta constelación de sentido, pues también la idea de “corrupción” cumple una función de diagnóstico del estado de cosas. He aquí lo que ella observa sobre su participación en las marchas de Febrero de 1997 contra el gobierno de Bucaram: “La primera razón [por la] que salí es porque todos nos dimos cuenta de la urgencia que tenía el país de cambiar un presidente, derrocar a un presidente que era muy corrupto y que estaba llevando las cosas muy mal.”

Ahora bien, la lucha contra la corrupción tiene un lugar; sin embargo, las metas que ella proclama son de mayor alcance, pues cree que la lucha no debe limitarse a expulsar a los mandatarios corruptos. Lo que interesaría, desde su perspectiva, es el “derrocamiento” del sistema. Marcia realiza, entonces, un deslinde –no una dicotomía– entre “cambio revolucionario” (que sería equivalente a “derrocamiento del sistema”), y la lucha anticorrupción, una lucha necesaria, pero ubicada al parecer en el presente, e insuficiente para resolver los problemas de la miseria y la insalubridad. Es relevante aquí citar también sus percepciones sobre las formas de lucha y el papel de las organizaciones:

P.: Algunas personas protestan porque sienten necesidad, pero hay personas y hay agrupaciones que protestan porque hay un contexto y tú te unes a esas ideas. ¿Para tí existen esas diferencias? ¿Cómo es mejor protestar, individual u organizadamente?

R.: Yo creo que las dos [formas] están bien. Organizadamente está muy bien, si los estudiantes y la gente del pueblo tienen una organización y unos dirigentes que valgan la pena y te cumplan las normas de una revolución y de una igualdad, es bueno pelear, protestar en sindicatos, organizadamente. Pero también habemos personas que protestamos sin estar en ninguna organización, que yo creo que somos personas que luchamos porque vemos la necesidad de luchar, no digo que las personas organizadas no vean las necesidades, pero eso ya es gusto de cada quien, igual todos nos llevamos bien, todos somos pueblo y todos estamos yendo hacia el mismo camino, que sería la revolución.

La organización política, entonces, aun cuando momentáneamente no sea su opción, es considerada una instancia válida tanto para la protesta puntual, como para un cambio a largo plazo. ¿Qué nos muestra el examen de este relato? Se trata de un relato coherente, y su perspectiva se encuentra claramente politizada, exhibiendo la capacidad de realizar un deslinde entre lo político y lo moral; este último aspecto atañe a sus decisiones personales, sin “contaminar” totalmente el diagnóstico del orden vigente, y menos aún su formulación de un proyecto de cambio.

Resulta interesante observar la conjunción de propuestas y estilos radicales con el diagnóstico sobre la corrupción, lo que indica una cierta referencia, aun en discursos políticos aparentemente coherentes, a la “economía moral”. Y este elemento se plasmará mucho más nítidamente en los otros testimonios que estamos explorando.

PABLO

Con 15 años, este interlocutor –que ya ha aparecido en páginas anteriores– es el más joven. Pablo procede de una familia de clase media, sus padres son profesionales liberales y al igual que Marcia ha tenido acceso no solamente a la educación formal, sino también a una cultura ilustrada. Estudia actualmente en tercer curso del colegio nacional más prestigioso de la ciudad, aun cuando mantenerse en él ha significado, durante el último año, una ardua lucha de él y su familia, debido a que –como veremos en la sección siguiente– sobre el joven se habría cernido la sospecha de adherir a grupos político-partidarios radicalizados, y promover “revueltas”.

El joven ciertamente dice profesar ideales de izquierda, aun cuando sostiene que no tiene militancia partidaria como tal. En todo caso, ser de izquierda para él significa: [...] estar en contra de todas las cosas que hacen estos gobiernos, reaccionar, no dejarse pisar, luchar por la igualdad”. La lucha por la igualdad, a su vez, se vincularía a la lucha por la revolución; es interesante observar que Pablo se autodefine como situado del lado de la revolución:

P.: ¿Por qué luchan los jóvenes ahora? ¿hay la palabra “revolución”?

R.: Sí hay la palabra revolución, pero la gente no tiene dónde ir. Yo pienso en la revolución pero adónde me voy. Solo hay los chinos [militantes del MPD, frente de masas del Partido Comunista Marxista-Leninista del Ecuador, antiguamente de orientación maoísta y pro albanesa] que para mi punto de vista no son nada y no tengo adónde, se está perdiendo mucho, la gente dice que no hay buenos dirigentes ni organizaciones, mejor se van a andar en la Remigio²², porque no hay organización, y se ve que hay falta de interés por parte de los jóvenes, solo les interesa ir a bailar o a molestar, claro que está bien eso, pero no hay que dejarse ver la cara de todo, tener su propio pensamiento.

Pablo profesaría también, como muchos/as colegiales, los ideales de preservación del patrimonio del Estado, como garantía de una mejor distribución de los recursos y de la “igualdad”, aun cuando su pensamiento exhibe una coherencia diferente a la de las posiciones de izquierda más elaboradas:

P.: ¿Cómo ha sido tu participación en contra de la venta de las eléctricas?

22 Alusión a la concurrencia de los jóvenes de clase media y media alta a la avenida Remigio Crespo Toral, una arteria importante de Cuenca, e importante espacio de socialización y distinción de los jóvenes de esos sectores sociales.

R.: Yo en estas manifestaciones he estado todo el día. Verás, de lo que yo sé primero querían vender las comercializadoras, son los que cobran, entonces nos podrían poner el precio que quieran, si quieren pagan o de lo contrario se quedan sin el servicio eléctrico. Entonces en esas montañas hay una casita, [a] esas casas no se les toma en cuenta porque consumen lo mínimo, las comercializadoras consideran a eso pérdidas, eliminan al campo. Pienso que también tiene su parte buena por la venta, ya que los sindicatos tienen una serie de privilegios; por decirte por su cumpleaños ese día no tenía trabajo o si se enfermaba o moría, el hijo le reemplazaba en su puesto, era todo un monopolio. Si se eliminan los sindicatos toca trabajar más a las otras personas. Se protesta porque sólo tiene esta parte buena, ya que nos podría pasar como en Argentina, las empresas eléctricas es patrimonio del Ecuador, es como vender la casa propia para volver a alquilar la casa.

La alocución de Pablo nos permite comprender que, a pesar de sus búsquedas políticas, los/as jóvenes contestatarios/as no necesariamente asumen el “paquete” ideológico completo de las posiciones de izquierda. El argumento esgrimido por Pablo responde en gran medida a la representación mediática sobre el sindicalismo. De tal manera que en su testimonio confluyen notoriamente el elemento ideológico “derivado”, elaborado desde las posiciones de izquierda, con la representación mediática y, probablemente, los argumentos que esgrimen los adultos del entorno. En todo caso, el sentido de lo que se considera “revolución”, en el esquema –menos consolidado– de Pablo fundiría un vago anhelo de cambio con el descontento por un estado de cosas.

En un diálogo posterior, en enero de 2005, este joven nos manifiesta una nueva perspectiva sobre los contenidos y repertorios de la protesta. Sin negar los anteriores, abrazados en su época de colegial, Pablo admite que es necesario ubicar nuevas demandas y formas de lucha. Cree, primeramente, que es preciso comenzar por el cambio personal, y agrega tópicos como la ecología, la participación ciudadana en espacios locales. Sus actuales intereses estarían configurados desde un nuevo lugar de habla: pues actualmente, con 18 años, él es estudiante de una universidad privada, en la carrera de biología. Ese espacio de socialización se ha caracterizado por la presencia de politicidades de inspiración liberalizante, esto es, cuestionadoras de los obstáculos a la construcción de la democracia, pero también relacionadas con nuevas sensibilidades políticas, como la defensa y preservación de la naturaleza. La tendencia organizativa aquí es la confluencia en pequeños grupos a partir del interés académico. Considero que este ejemplo verifica que es preciso oxigenar el discurso

contestatorio con propuestas sobre la construcción de la esfera pública y la ciudadanía, así como con las inquietudes en torno a los tópicos más recientes de la crítica social, pues al menos en este caso es la ausencia de tales referentes lo que habría disuadido a nuestro interlocutor de la participación en la protesta de formas más tradicionales.

JOAQUÍN

Exploremos, ahora, la constelación de sentidos elaborada por Joaquín, interlocutor que, decíamos, se proclama partidario del socialismo y crítico acérrimo de las jerarquías económicas. El testimonio de este interlocutor, como vimos, se ha caracterizado por transparentar de una manera particularmente ejemplar los “desvíos” de los sentidos y el uso social de diversas ideologías, oscilando entre ellas y adecuando las proposiciones a las búsquedas de “enclasmiento”, creando oportunidades ideológicas para la justificación de una u otra posición política. ¿Qué ocurre en su léxico con la palabra “revolución”?

Usted sabe que salen a las calles con piedras, pero es la manera de protestar de ellos porque en muchas leyes, en anécdotas de la historia, se va a ver que lo que se ha logrado ha sido a través de la violencia. La revolución francesa no llegó a base de conversaciones, llegó por muertes, la revolución de Cuba fue por la revolución armada. Mi lucha es ideológica. La filosofía mía es estar en paz, porque si yo agredo a mí también me van a agredir, simplemente hago discursos frente a la gente.

La palabra “revolución” en este relato estaría asociada a la idea de violencia o de método para lograr el cambio, pero no la concibe como el cambio mismo. Y podríamos interpretar que ella es descartada aquí como determinante de un proyecto político, pues dice no profesar apego a la agresión.

Por otro lado, la corrupción sería uno de los ejes centrales (junto con las jerarquías económicas) del estado actual de cosas, ella permearía y determinaría la desigualdad y la lucha contra ella, tal vez sea lo que alcanza la dignidad de proyecto político: “Tal vez la problemática más grande es la corrupción, pero tal vez con la lucha diaria se pueda lograr cambiar eso, cuando la gente ya no aguante opresiones, sueldos tan denigrantes, se pondrá al pueblo al poder.” La perspectiva es, pues, eminentemente moral, y el cambio hacia el (algún tipo de) socialismo pasaría por una reconversión de ese tipo. Veamos ahora cuál es su apreciación sobre la autoridad y el ejercicio del poder:

Esta situación debe cambiar, porque supuestamente la política del gobierno no es para ayudar al pueblo, entonces nosotros

también hay que dar nuestro voto como pueblo ya que es el poder más grande, puede haber el Congreso pero si nos levantamos puede pasar como lo de Mahuad. Si hablamos en cuanto al Congreso, la división de los partidos políticos, [los políticos] no tienen la menor ética, la menor moral, la menor vergüenza para llamarse padres de la Patria. Hay poca gente que siendo política sí tiene un nivel de conciencia alto y una moral para merecer estos puestos, pero la mayoría parecen buenas [personas], pero luego son compradas por el dinero o por los lujos, terminan siendo como la misma oligarquía. La oligarquía para mí es un grupo de personas que negocian entre ellos no para el beneficio común sino para enriquecerse más. Los presidentes por ejemplo manejan empresas, Rodrigo Borja tiene a cargo la función del Banco del Pichincha, oligarcas como Febres Cordero que manejan al igual que Noboa empresas; no por ser de otras listas son enemigos, más bien son socios en muchas de las empresas con Rodrigo Paz. Entonces nunca se puede hablar de esta gente como parte del pueblo, la oligarquía es el sufrimiento y explotación al pueblo.

Son notables aquí las proposiciones sobre el olvido de los políticos de las necesidades del pueblo, así como sobre una deleznable condición moral de los mismos, y la formación de círculos de poder. La categoría “oligarquía” y la de “explotación” estarían subsumidas a la de “corrupción”, y las nociones sobre la justicia social estarían asociadas a la de honestidad. En este sentido, nuestro interlocutor cree que se necesita de la participación popular, para combatir la inmoralidad, como condición para el bienestar y dignidad “del pueblo”. La meta de la participación, entonces, sería lograr gobiernos “morales”, “honestos”, “receptivos”:

Tumbar a un gobierno es quitarle el gobierno por vías [que no] son legales, [...], en cambio con un gobierno se podrá negociar cuando sea capaz de receptar toda opinión de parte de los bloques, de parte de los sectores del país, de organizaciones. Porque si alguien manda un plan en el que se defienda la educación se debería escoger y no botarlo a la basura, entonces se habla de negociar con gobiernos honestos, con gobiernos llenos de corrupción es difícil hacerlo, mediocres, siempre y cuando sea igualitarios y velen por los que le dieron el poder para que trabaje por ellos.

Estaría, pues, latiendo en la ideología de la protesta la noción de delegación del poder en manos de salvadores “que velen por los que le dieron el poder”. Aquí se reafirmaría nuestra tesis sostenida en el Capítulo I,

en su sección “Entre la política y la cotidianeidad: explorando salidas”, en el sentido de que la “rebelión” y la opción política identificatoria podrían estar en relación de asociación.

Ahora bien, la idea de moralidad trascendería el significado de “manejo correcto”, para encarnarse en la expectativa de trabajo, es decir la realización de obras, garantía de bienestar (“ayuda al pueblo”). Pero, además, la idea de honestidad parece también remitir a la condición de una masculinidad política, y la de corrupción a la de cobardía: “A él [Mahuad] le faltó hombría, no pudo enfrentar a un pueblo que le pedía explicaciones, para mí siempre será un cobarde, porque no enfrenta esta situación”. Así, los símbolos que expresan virilidad y fuerza serían conmensurables con el sentido de honestidad; y esto independientemente del icono político en cuestión, como veremos en el siguiente diálogo:

P.: ¿Qué opinas del subcomandante Marcos?

R.: La ideología de él, creo que después de Zapata es lo mejor de México, porque defiende a un país agrícola, defiende todos los derechos de los campesinos, que son los oprimidos, en México tienen mucha dependencia de Estados Unidos, y eso tampoco es lo mejor. Para mí el pensamiento de Bolívar debería cumplirse, que se una Sudamérica, Latinoamérica, si es posible toda América. El subcomandante Marcos es muy consecuente con esa realidad campesina, él vivió mucho tiempo ahí, sintió pobrezas, al ver tanta forma de vida indigna.

P.: ¿Qué sabes de Allende?

R.: Fue, creo, un comunista, ante esto la política de él más o menos llevaba al comunitarismo, pero Pinochet logró arrebatarse el poder. No estoy en contra de Allende, porque para mí hizo mejorar la economía de Chile; tampoco estoy en contra de Pinochet, porque pese a su política militar también tuvo sus cosas positivas en su gobierno. La imagen de Pinochet me parece negativa en el aspecto de haber matado a mucha gente o reprimir a mucha gente, a mucha juventud universitaria, hizo callar las voces, eso repudiaré de Pinochet, pero mucha gente de Chile reconoce que también elevó la economía. Podría decirse que el neoliberalismo entró ya en Latinoamérica, incluso antes que su gobierno pero él arraigó políticas neoliberales con más fuerza, no desestabilizó tanto como pasó en Argentina, por ejemplo, se podría decir que fue un precursor del neoliberalismo en América Latina.

No está clara la connotación otorgada al término “precursor” relacionado con la evaluación de Pinochet, sin embargo, parecería que no

es negativa. Sugiero que la superposición de símbolos viriles-salvacionistas –emblemas, a la vez, de moralidad– se inscribe en una lógica identificatoria, lo que conllevaría a opciones políticas contradictorias, en la medida de que tales figuras respondan a tales criterios emanados de los procesos de formación de las identidades personales y de la vida cotidiana. En su artículo “La música en la constitución de las culturas juveniles”, Cinthia Chiriboga menciona un caso similar: un rockero guayaquileño de 27 años de estrato medio-bajo expresa su admiración por el Che y Pinochet a la vez. Chiriboga contextualiza esta curiosa adhesión en el discurso de ruptura de los seguidores del rock frente a ciertas convenciones sociales, como son el dinero, el conformismo y la búsqueda del éxito. Señala, además, que parecería que en la perspectiva de ese joven los modelos autoritarios son válidos si traen justicia. En cuanto al origen de esta aparente paradoja, Chiriboga sugiere que probablemente tal admiración provendría de “una aspiración ingenua a un tipo de gobernante, que con el poder imponga orden y justicia, un poco al estilo de los héroes de ficción” (Chiriboga, 2001: 94).

Estas anotaciones de Chiriboga nos ayudan a comprender las aparentes incongruencias políticas, en las que se fusionarían ecos de los procesos afectivos y la lógica del parentesco con las imágenes mediáticas y las interpelaciones públicas. Para comprender por qué esto es posible, es menester recurrir a la conceptualización de Bourdieu sobre la “competencia política” y a los procesos de su formación en cada uno de los interlocutores. Al hablar de “competencia política”, Bourdieu se refiere a la capacidad para reconocer, en el mercado de discursos políticos producidos y ofertados por los productores de opiniones legítimas, las cuestiones políticas como tales, y no, por ejemplo, como cuestiones éticas (Bourdieu, 1998: 406). Entonces, la diferencia de competencias expresadas mediante la coherencia de Marcia, por una parte, y la fusión de imágenes un tanto paradójica que realiza Joaquín se deba al arraigo de las representaciones de ella en la cultura del libro, mientras en el caso de Joaquín los símbolos políticos podrían fusionarse con los héroes de ficción de la cultura televisiva. Obsérvese que en el caso de este, también hay una fusión *sui generis* entre socialismo y neoliberalismo, y una apreciación ambivalente de los mismos, con un sentido de moralismo que prefigura la comprensión de los fenómenos políticos.

La acción-discurso de esta índole no solamente estaría relacionada con una búsqueda de “enclasmiento” o de adaptación a oportunidades de ascenso o preservación de un estatus social, sino que también justificaría eventuales adhesiones a opciones políticas contrarias. Pero, sobre todo, es importante señalar que es este vaivén simbólico lo que posibilita la estabilidad de la dominación, al tener como efecto una

“metaforización del orden” (concepto de Michel de Certeau, 1996), y una “prevención” o contrapeso del antagonismo social y político.

Por último, y para argumentar nuestra propuesta sobre las politicidades estudiantiles “activa” y “diferida”, sugerimos que la carga moral de las representaciones de la política podría incentivar la protesta, transmutándola en cuestionamiento a un estado de cosas, sin que esta tenga el carácter de impugnación al orden. De ahí que es probable que aquellos/as que se mantienen al margen de las opiniones y las prácticas políticas, esto, es en el “estado” de “politicidad diferida” que hemos definido en páginas anteriores, puedan en un determinado momento asumir una postura crítica y aun militante (aquella lucha “de un día” exaltada por Brecht), en circunstancias en que un gobernante sobrepase ciertos límites de decoro. He ahí la explicación, por ejemplo, de las multitudinarias marchas en contra de Bucaram, en las que confluyeron masivamente jóvenes urbanos de todas las tendencias políticas, pues como dice Pablo:

A Abdalá lo quisimos botar todos, las cosas eran demasiado, él robaba de frente, al hijo le manda a las aduanas y mostraba que adquirió su primer millón de dólares que ha robado. Mahuad en cambio era un mal presidente, pero era más tapado, [...] no hacía tantas payasadas. Las dos cosas están mal, no se debería hacer ninguna, pero en todo caso la gente acepta más que le roben por atrás [a] que le roben de frente, esos comentarios he oído en algunas veces en el bus. En mi opinión está mal que roben siempre, no tienen por qué hacerlo, la gente no les eligió [...] para que los desmantelen.

Todas estas vicisitudes de la politicidad juvenil indican que no necesariamente debemos esperar una actuación coherente compatible con una política ilustrada, basada en “ideas”. Pero esta constatación, sin duda, está bastante lejos de sugerir un estado de indiferencia o de contrapolítica. Tal vez, entonces, la reflexión deba orientarse hacia nuevas pautas para el entendimiento de las nuevas sensibilidades políticas y las formas a través de las cuales se proyectan hacia la transformación del poder y el modelo de sociedad. Esa podría ser una forma eficaz de interpelación a la juventud.

CONTENIDOS Y ESTILOS

Decíamos páginas arriba que la literatura revolucionaria de las décadas anteriores tiene un lugar importante en la construcción de la imagen del mundo social que realizan los/as jóvenes contestatarios/as. En esta construcción, hoy en día, han confluído narrativas elaboradas por las ONG, tales como el discurso de género, de salud reproductiva, de la eco-

logía, del liderazgo. Es decir que estos enunciados, al migrar al discurso contestatario, se reinscriben en un giro anticapitalista. Empero, los planteos y reivindicaciones no se quedarían cautivos de estas orientaciones, sino que se asumirían pautas propias, tales como la lucha contra el acuartelamiento y las corridas de toros²³, los derechos estudiantiles, el derecho a la tacha de los profesores (esto es, la descalificación definitiva de aquellos docentes que incurran en actitudes lesivas para la calidad de la enseñanza, en hechos de corrupción o en actos que violen de alguna manera los derechos humanos)²⁴.

En los estilos de trabajo incidirían también las pautas proporcionadas por las ONG, pues en las agrupaciones de jóvenes primarían las actividades de capacitación, por sobre las de agitación y propaganda prevalecientes antaño; y el arte cobraría una importancia fundamental como recurso para la expresión de concepciones políticas y la convocatoria, pues los nuevos estilos de trabajo demandarían la formación de nuevas sensibilidades políticas. He aquí lo que dice Marcia al respecto:

Hablar más ya no tanto de cifras, ya no tanto de lo que nos han dicho siempre, hay tanto sesenta y siete por ciento de poblaciones pobres, sino ya hablar mas testimonialmente de eso, [...], incluso yo pienso que las artes pueden colaborar mucho con el cambio, no se hacen cosas que impacten a la gente, impacten sobre todo a los jóvenes que están perdidos en las drogas.

MARIO

Mario, un joven de 19 años, hoy estudiante universitario en la carrera de sociología, nos ha proporcionado una información particularmente valiosa sobre el tema. También él procede de una acomodada familia de profesionales y es egresado de un colegio particular, dirige un grupo autodenominado “Grupo de Pensamiento Revolucionario” y mantiene, como veremos, relaciones estrechas con varias agrupaciones y organizaciones de jóvenes, tanto políticas como vinculadas a ONG. Pues bien, para este joven y su grupo el arte tiene una importancia fundamental:

Estamos trabajando con niños difundiendo conciencia por medio del arte, les enseñamos en academias artísticas, creemos que el arte es la forma de expresión, una forma de protesta; y que los niños desde sus edades tienen que empezar a protestar, porque tienen mucho de qué protestar, como que se dan cuenta

23 Comunicación de Nidia Solís.

24 Esta información ha sido proporcionada por Mario, nuestro interlocutor.

de las situaciones que tienen sus padres, de las situaciones que viven a veces sus amigos, entonces necesitan expresarse.

Mario considera que la restitución de las utopías y el desarrollo de la sensibilidad social están unidos indisolublemente a la búsqueda de nuevos lenguajes artísticos y el descubrimiento de los problemas *in situ*, fundando nuevas constelaciones de prácticas:

[...] quien entra a nuestra organización lo primero se le hace que sienta realmente cuál es la situación, si se les lleva a visitar al grupo de niños funderos²⁵; en las academias artísticas encuentras experiencias y vivencias de los niños, en las que yo creo la gente se va dando cuenta de cómo, qué tan cruda es la realidad. Entonces creo que es la única forma de hacer cambiar a la gente, porque si la gente ahora se cierra y dice ahora: “¡no!, es que la política es mala, por comunista, o socialista no, ¿qué te pasa? tienes que ser mas centrado, que esto es imposible”, que te hablen de las “utopías”. Cuando le enseñas a la gente realmente la realidad, ese momento la gente dice [...] “tienes razón, hay que hacer algo”, entonces estamos al nivel de los jóvenes queriendo hacerles dar cuenta de las realidades, cuando les hablamos de política social siempre les hablamos de esta actitud que ha asumido el liberal, el neoliberalismo, con la globalización y todo lo demás que es una actitud totalmente individualista.

Desde la perspectiva de Marcia, por otro lado, tal contacto con el mundo social estaría llamado no solamente a involucrar a los/las jóvenes en la propuesta de cambio, sino que coadyuvaría a la superación de estereotipos discriminatorios y racistas, de una manera semejante al *modus operandi* de los populistas rusos del siglo XIX:

Y yo pienso que también los chicos de esa edad [se refiere a muchos adolescentes que se reconocen como revolucionarios] se enfrentan con ideales o con héroes de las revoluciones mundiales, pero no se dan cuenta de nuestro país, no se dan cuenta de la gente pobre, del pueblo, no se dan mucho cuenta de que ellos están siendo pequeños burgueses, que están explotando a su empleada o que están explotando y tratando racistamente a la gente del pueblo, a un busero²⁶, a un chulío²⁷, a la señora

25 En Ecuador, niños de la calle que se drogan aspirando cemento de contacto.

26 Chofer de bus.

27 Ayudante del chofer de bus, cobrador.

que les lava la ropa, que plancha o simplemente al mismo compañero de clase que es más morenito o que es de apellido tal [...] un cambio fuerte para hacerte dar cuenta de qué es una revolución, [que] es unirse al pueblo, no simplemente cambiarte de un colegio particular a uno fiscal, sino más bien llevarte con todo tipo de gente, compartir con esa gente, hablar con esa gente y también no ir mucho a turistar, por ejemplo cuando te vas al campo, no ir de paseo, sino más bien comprender y ver cómo vive la gente, tal vez preguntarles cuáles son sus necesidades, qué está pasando, qué piensan de la revolución [...]. Yo creo que para darte cuenta ya no con una idea romántica de la revolución, sino ya [de] una realidad ecuatoriana.

El trabajo de estos/as jóvenes tendría una importancia cardinal en tanto ensayo de nuevas formas y estilos, de re-creación y actualización de los contenidos de la crítica social. Su contribución es crucial, sobre todo, a partir de la reivindicación del arte como herramienta de cambio de la sociedad actual. Y no es que las generaciones anteriores de jóvenes contestatarios/as hayan desestimado el papel del arte en la formación de las sensibilidades políticas y las identidades, sino que hoy las expresiones artísticas tendrían un peso mayor, porque como dice Barbero, nuestra época padece del mayor déficit simbólico de la historia, a merced de la saturación de signos (Barbero, 1998: 32).

Es en este esfuerzo de re-simbolización donde también germinarían las posibilidades de recuperación de la sensibilidad social y la política y, por supuesto, las utopías. Y por cierto, la constatación de estas presencias expresivas de la mano con lo que podríamos denominar lo “instrumental-transformador”, reforzaría la sugerencia, antes realizada, de exorcizar las antípodas del análisis de las dinámicas políticas juveniles.

PRÁCTICAS ORGANIZATIVAS Y SOCIABILIDAD

Al observar las jornadas de protesta de 1999 en contra de Mahuad y su ministra de Economía, quienes habían ordenado el congelamiento de los depósitos bancarios, debí reconocer la extraordinaria productividad organizativa de la sociedad ecuatoriana, y particularmente en la ciudad de Cuenca y la provincia del Azuay. Nuevas fuerzas sociales y políticas no cesan de incursionar en el escenario de la política nacional. Independientemente de que muchas organizaciones sociales germinen como “flores de un día”, es decir como agrupaciones articuladas en torno a reivindicaciones puntuales y perentorias –por ejemplo, en contra del fraude bancario–, otras parecían presentarse mucho más consistentes, como las asociaciones de familiares de emigrantes. Me sorprendió, asimismo, la gran cantidad de organizaciones eclesiales de base y

agrupaciones estudiantiles con membretes bastante innovadores, tales como, por ejemplo, la “asociación de estudiantes de teología” de una de las universidades particulares de la ciudad, cuyos miembros portaban pancartas con leyendas de contenido crítico-humanista.

En el diálogo con Mario conocimos sobre la existencia de variadas organizaciones de corte político. Al hablar de su organización, el “Grupo de Pensamiento Revolucionario” (GPR), este joven menciona que el mismo se habría iniciado hace varios años como “Grupo de Pensamiento Revolucionario Pacífico” (GPRP), orientación y denominación con la que varios miembros habrían roto, desechando la sigla “P” de “pacifista”.

Menciona también la existencia de un grupo juvenil universitario simpatizante de los principios del Partido de los Trabajadores del Brasil. Durante las movilizaciones de enero de 2002 en contra de la privatización de la comercialización de la energía eléctrica, esta agrupación denominada “Movimiento por la construcción del Partido de los Trabajadores (PT)” proclamaba, en su hoja volante “¡La lucha continúa!: ¡Ruptura con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros organismos imperialistas!, ¡Fuera gringos de la base de Manta, contra el Plan Colombia!, ¡Contra la privatización de las empresas eléctricas!, ¡Contra el ALCA y por el no pago de la deuda externa!, ¡Sanción a los asesinos del menor Damián Peña Bonilla!, ¡Sanción a los militares que trafican con los recursos del pueblo!, ¡Contra el alza de los precios de bienes, servicios, tasas e impuestos!, ¡Por la convocatoria a los parlamentos populares!, ¡Por un gobierno de los trabajadores de la ciudad y del campo!” (hoja volante que circuló en la marcha del 17 de enero de 2002). Vemos, entonces, un repertorio de enunciados políticos que abarca un amplio espectro de propuestas y reivindicaciones, desde aquellas de carácter general “antiimperialista” y de organización del gobierno, hasta las más concretas referidas al costo de la vida.

Otra forma organizativa brota también de la acción de las ONG. Un ejemplo en este sentido sería la Juventud Unida Forjando Esperanzas (JUFE), que se aglutina en torno a proyectos, aun cuando carece de estructura orgánica. Finalmente están las organizaciones promovidas por el Estado, tales como el Foro Nacional de la Juventud, que tiene una filial en Cuenca, y es financiado por el Ministerio de Bienestar Social.

Entonces, ¿hay movilización estudiantil en el Ecuador? La Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE), así como la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), en la percepción de dos de nuestros testimoniantes, habrían “dejado de funcionar” desde hace varios años, incluso cuando se mantienen las siglas y como estructura de convocatoria para las movilizaciones. No obstante, las protestas estudiantiles continúan estando en el orden del

día, aun cuando en el contexto de una institucionalidad política laxa. Y una de las voces colectivas que se también se expresó en aquellos días de enero de 2002 fue la del movimiento “Refundación Universitaria” (RU), planteando: en primer lugar, la necesidad de “unidad férrea de las diferentes organizaciones, movimientos sociales y políticos del país y de la provincia”, unidad que vaya más allá del “dogmatismo”, el “oportunismo” y el “mero afán de figurar”; en segundo lugar, la convocatoria de la movilización social “en torno a una propuesta seria y de largo aliento que apunte a las raíces de los problemas y no al velo”; en tercer lugar, “un programa” que contemple “la ruptura inmediata con el FMI y el BM”, ni un centavo para la deuda externa, que se invierta en obras, se cree empleo y se suban los sueldos y salarios, ni un centavo a la banca, cárcel a los corruptos y venta de sus patrimonios para solventar a los depositantes, juicio y sanción a los asesinos de las víctimas de la policía nacional [estudiantes asesinados y agredidos por la represión] (hoja volante “No somos Argentina”, recogida el 17 de enero de 2002) .

Veamos cuáles serían los afluentes de la protesta estudiantil dentro de este marco. Una vertiente podrían ser los adherentes políticos cercanos a la dirigencia de las organizaciones estudiantiles; otra, un número de organizaciones atomizadas con cierto grado de consistencia orgánica e ideológica, aun cuando distantes de los partidos que responden a las convocatorias de la FESE y la FEUE. Y quizá la corriente mayor estaría conformada por una “periferia”, cuya participación es aleatoria y resultante de la confluencia en las instituciones educativas y del “arrastre” de los líderes y estudiantes motivados/as. Estos/as jóvenes son vistos por sus condiscípulos como conformistas y pasivos; sin embargo, todavía está pendiente la tarea de comprender los entretelones de su participación, ya que no puede satisfacer a un/a analista la tesis simplista del “arrastre”. Pensaríamos que en ciertos momentos los/as jóvenes de la “periferia” podrían estar más incentivados que en otros para la participación en la protesta. En tal sentido, si las primeras dos vertientes ejercen una participación “convicta” y son expresiones de la politicidad activa, la última estaría sustentada eminentemente por la politicidad diferida.

Ahora bien ¿cuáles son los dispositivos que permiten canalizar la politicidad activa y la politicidad diferida de la juventud contestataria hacia una presencia pública? Un lugar privilegiado lo tendría el componente emocional y los sentimientos de amistad. Casi todos nuestros interlocutores reconocen la importancia del grupo de amigos. Pablo, por ejemplo, revela:

Yo siempre salgo, tengo un grupo de amigos; siempre estoy adelante, mis amigos están en la FESE [Federación de Estudiantes

Secundarios del Ecuador], en la JRE [Juventud Revolucionaria Ecuatoriana], en otras organizaciones, a mí me dicen que me integre, “vos eres bueno”, pero yo digo “no, prefiero participar solo por mi cuenta, con mis amigos”. Yo soy solito, no ando con nadie [en el sentido de una adscripción partidaria].

También Mario relata el emprendimiento en la construcción de su organización, el “Grupo de Pensamiento Revolucionario”²⁸, a partir del grupo de amigos. En segunda instancia, estos grupos convergirían en núcleos organizativos mayores, a los que denominaríamos “organizaciones de formalización intermedia”, cuyo objetivo es catapultarse hacia el ejercicio público, aunque con estilos renovados de acción.

Propondríamos, entonces, que lo que cimenta los dispositivos de la movilización se constituye a medio camino entre los sentimientos y la racionalidad. De ahí que si la base de la cohesión en las “comunidades emocionales” es la agregación emocional sumada a las identificaciones con determinados referentes estéticos o modas, las agrupaciones políticas intermedias se constituirían sobre la base de una agregación emotivo-racional, y del predominio de identificaciones con símbolos políticos. El argumento que estoy desarrollando conserva el espíritu de lo que he sugerido en las páginas iniciales de este capítulo, es decir la inviabilidad de la oposición “comunidad emocional” (posmoderna) / “pacto racional” (moderno) en tanto determinantes de las formas de agregación y sociabilidad mutuamente excluyentes, y en ese sentido sostengo que ninguna instancia organizativa formalizada (“tradicional”, en el lenguaje “post”) puede regirse por principios puramente impersonales y abstractos. Sostengo, en tal sentido, que en el seno de las modernas organizaciones políticas cobrarían importancia los lazos de amistad, en sustitución del predominio de los nexos de sangre en las sociedades no-modernas; de ahí también la importancia de los sentimientos, como uno de los factores que sustentan la cohesión. Al tratar de comprender el lugar de lo emotivo en las organizaciones de formalización intermedia como tributarias de formas modernas, en comparación con las posmodernas “comunidades emocionales”, deberíamos argumentar no la ausencia del vínculo emotivo y la identificación, sino la presencia acentuada –tal vez, ni siquiera predominante– del vector político-racional. A su vez, estas organizaciones de formalización intermedia conformarían “redes” de funcionamiento intermitente, sin que se logre, por el momento, concertar acciones de largo aliento, ni plantear metas políticas claras y consensuadas. Se trataría, pues, de una nueva

²⁸ Mario menciona que a inicios de 2000 el grupo habría contado con sesenta adherentes (“militantes”).

forma de existencia de lo político, tras el abatimiento de la forma “partido” en la versión del siglo XX: una forma de diseminación que podría recuperarse políticamente al encarnarse en la forma “multitud”.

LOS LÍMITES DE LA PROTESTA

En otro ámbito, la participación restringida de la mayoría es difusa, y obedecería a la presencia de una nueva sensibilidad política que permite únicamente una presencia formal, sin el compromiso mayor de la perseverancia, lo que conlleva la dispersión cuando la represión recede. Sin embargo, existe la posibilidad de que en algún momento, por ejemplo, cuando las acciones de gobierno excedan lo tolerable, las mismas personas expresen un cuestionamiento al orden existente. Es así que, dependiendo del momento político específico, y si se considera que el gobierno ha cometido abusos imperdonables, la represión policial no solamente no desalienta la participación, sino que sirve como incentivo a la misma. Tal situación se constató, por ejemplo, en Cuenca, durante las jornadas de 1985, en contra del gobierno autoritario de derecha de León Febres Cordero que se alineó francamente con los designios de los Estados Unidos y violó los derechos humanos, al punto de que fueron ejecutadas y desaparecidas personas acusadas de “terrorismo”. En esa ocasión, falleció una persona electrocutada, al ser lanzada con fuerza por el chorro de agua del carro antimotines contra una valla de seguridad con alto voltaje. Las fuerzas represivas no solamente no lograron amedrentar a los y las manifestantes, ni siquiera con la declaratoria del estado de emergencia; parecía más bien que la cruenta represión policial estimulaba la protesta y exacerbaba los ánimos de la gente, por lo que las movilizaciones se prolongaron hasta avanzadas horas de la noche. Ya en la época del gobierno socialdemócrata de Rodrigo Borja, entre 1988 y 1992, un estudiante observaba que la protesta menguaba debido a la indiferencia del gobierno, que ordenaba a la policía no reprimir (“se van porque la policía no dio una mano”). Se trata, insisto, de fenómenos cuyo estudio debe ser profundizado.

Podríamos también examinar la incidencia del miedo en la dispersión. Así, por ejemplo, explica Marcia: “[...] nos hemos dado cuenta que hay, qué sé yo, doscientos estudiantes manifestando con mucha fuerza, y hay algún estudiante caído, hay algún accidente, hay estudiantes muertos como fue el caso del compañero Damián Peña [...], y se van los estudiantes y quedamos cincuenta o sesenta estudiantes o menos.”

Pero es Pablo quien, a través de su testimonio, nos da mayores elementos para comprender el peso de la intimidación y la represión en la disminución de la protesta, lo que como veremos se realiza también en las instituciones educativas. Como ya anticipamos, este joven y su familia libraron en el 2001 una batalla por su permanencia en el colegio

nacional en el que estudia, pues se le acusó de instigador y revoltoso, y se le pidió retirarse, con el agravante de que con la baja calificación en conducta no sería admitido en ningún otro establecimiento de educación media. He aquí su ilustrativo relato:

Justo cuando yo estaba en los exámenes le llaman a mi mami, cuando ella se va le dan una carta diciéndole que busque mis papeles porque ya no me van a dar la matrícula, justo al terminar el tercer año. Entonces la carta ve mi papi y se enoja porque pensó que yo hice algo, no me quería creer que me botaban sin tener yo la culpa, después averiguó y me dijo que me va a apoyar, me dijo: “no te mando [al colegio], vamos a entrar en un juicio”, me preguntó si quería, para mí mejor. [...] Ahí empezamos a ir a hablar en la Dirección de Estudios, a donde los abogados, me decían que no tenía la culpa y que era una injusticia: “en todo caso no hiciste nada malo, entonces tú tranquilo” [...]. Mi papi tuvo que hacer tanto lío, primero habló de buena manera, que no había argumentos para que me hagan tanta cosa, pero ellos me hostigaban, me tomaban declaraciones, me preguntaban qué hago los fines de semana, que adónde me voy, que qué hago, y me escribían todo lo que decía. Había una profesora que daba ética, yo me fui al Encuentro Bolivariano, cuando vine me entero que ha llamado a mis compañeros para saber qué fui a hacer en Quito, cómo participé; le hacía problema a mi mami, pero ella no se dejó y la profe me puso el ojo. Según el colegio, me botaban porque yo hablaba en los cursos para decirles que tenemos que salir, que no nos quedemos aquí, yo nunca hacía eso, me decían que andaba repartiendo propaganda, sellos, total nada de eso, lo que pasó es que me dieron unas entradas para un concierto para poder ir al Encuentro Bolivariano, me dieron en la FESE, mi amigo de la FESE me invitó, me dio un talonario de boletos para que venda, pero mi papi mismo me dijo: “anda a ver cómo es...” No había eso de que estaba vendiendo sellos, que yo me iba con los JRE, que se van a las montañas a entrenar, nunca me he ido y no me interesa, peor, decían que ellos me han visto en las manifestaciones, que estoy ahí. Mi papi sabía que no estaba en eso, él escuchaba las declaraciones. Mi papi tuvo que hacer juicio para que me admitan de nuevo, pero creo que me dejaron la matrícula condicionada y me dijeron que esté tranquilo, que no me verán en esos actos; que la comisión de disciplina me iba hacer un seguimiento durante todo el año, entonces ahora tengo que ser más tranquilo. Cuando se toma-

ron el colegio para sacarle al rector yo tenía que botarme por los techos para que no me vean, tenía que cuidarme. Ahora sí me da un poco de miedo porque no puedo ser, tengo que andar medio escondido, con miedo que me manden otra vez, debo ser callado, nunca hablo nada, tengo que ser uno más del montón para estar [...]. Me gusta hablar, pero me hacen ver como si fueras de esos que no le importa nada.

El miedo como sentimiento más o menos generalizado podría, ciertamente, formar parte de “la estructura del sentimiento”, imbricándose con la politicidad diferida. A pesar de eso, podríamos pensar que tal o cual sentimiento, emoción o estado de ánimo tiene una presencia cíclica²⁹; los ciclos, sin embargo, pueden llegar a su fin, entre ellos el ciclo del miedo, cuando entra en juego, parafraseando a Calhoun (1999: 97), el sentido de lo que las colectividades son y de cómo los sujetos elaboran ese sentido crucial de estar en la colectividad.

Otros factores de la fragmentación y declinación de la protesta serían también la percepción de la ineficacia de la misma para una modificación sustantiva de las circunstancias sociales y políticas, junto con la censura a los aparatos dirigenciales. Sobre todo en la medida que no han sido puestos en tela de juicio la vida democrática interna de las agrupaciones que han sido protagónicas en la lucha contra el ajuste, los objetivos y las reivindicaciones, como tampoco se ha renovado la percepción de los nuevos problemas políticos. De ahí surgirían búsquedas como la de Pablo, quien en el devenir de su proceso de formación universitaria ha optado por la propuesta ecológica y su expresión a través de un grupo pequeño de coidearios.

Un último obstáculo para la eficacia de la protesta juvenil sería el mencionado efecto de “metaforización del orden”, es decir la evaluación de la política desde el registro moral. Y tal “metaforización” dejaría abierto el camino a identificaciones políticas de diversa índole, adhesiones que eventualmente promoverían la movilidad social ascendente de los sujetos. En ese sentido, la protesta asumiría un carácter táctico, es decir, según la definición de Michel de Certeau (1996), de que la negociación transcurra en el campo de poder del otro y se torne desfavorable, por lo que no habría la posibilidad para que los insurgentes puedan capitalizar ventajas, logren un posicionamiento estratégico, un

29 Recuerdo el despertar de la sociedad peruana a mediados del año 2000; en ese contexto muchos participantes de la Marcha de los Cuatro Suyos coreaban “el miedo se acabó”; la oposición peruana ha esperado largos años para manifestarse abiertamente, el miedo había terminado con el triunfo de Fujimori en la segunda reelección. Los límites de la tolerancia llegaron a su fin, pues el autócrata se permitió desafiar un sentido crucial de la vida de la colectividad peruana.

lugar propio. Es pues necesario que los sujetos críticos al orden sepan reconocer, para efectos de una movilización vigorosa, las mudanzas impuestas a la política de la contestación por la contemporaneidad. De lo que se trata, en suma, es de formular correctamente los objetivos de la lucha, tomando en cuenta, tanto quién es el adversario real y sus características, como la adecuación de las alianzas políticas, los estilos, métodos y prácticas que podrían ser eficaces.

CONCLUSIONES

El fin de siglo en nuestro país se ha caracterizado por una plétora de ideologías y prácticas juveniles desafiantes y transgresoras, fundamentadas en lo que se ha denominado la “tribalización”, que se plasma en asociaciones en torno al consumo de determinados bienes simbólicos a la moda; grupalidades que eventualmente desertan del orden hegemónico por vías como la violencia y el consumo de drogas. Para Margulis y Urresti, tales opciones juveniles serían “una resistencia activa [...] contra el molde, implícito en las formas culturales hegemónicas” (Margulis y Urresti, 1998: 19). Formas que expresarían, en ese sentido, una rebelión contra el icono del “heredero oficial” del sistema: el/la joven pulcro/a –casi siempre empresario/a–, exitoso/a, bello/a y, por supuesto, blanco/a. Tales expresiones de rebeldía están dotadas de un potencial deconstructivo, en primer lugar de la dicotomía adulto/a-joven (en el ámbito de los micropoderes) y, en segundo lugar, del ideal de adscripción disciplinada al orden hegemónico. No obstante, muchas de tales grupalidades, con su clamor de reconocimiento social y cultural, y las formas específicas a través de las cuales este es demandado, desde su contexto de “politicidad diferida”, solo tangencialmente se instalan en el terreno del conflicto creado por el ajuste y la precarización social e ideológica de la sociedad.

En tal contexto, cobra importancia la presencia pública de la contestación de la juventud estudiantil que ha sido interpelada por las presiones del ajuste y que, con su exigencia de redistribución enfilada con urgencia a uno de los ejes de la precarización de la sociedad, sitúa al conflicto de una manera próxima a un “horizonte de emancipación” (Vakaloulis, 1999). Concretamente, la ideología de la protesta, en este sector social, se vincularía a la defensa de un lugar social, de la continuidad de la condición de ciudadanía social, en tanto acceso al derecho a la educación.

Por todo esto, la presencia pública de la juventud estudiantil ha tenido un alto grado de politización, a pesar de su fragmentación y vulnerabilidad ideológica. Empero, a manera de recuento sucinto, vale la pena mencionar que los límites de la protesta advienen no solamente del miedo y la criminalización de la protesta, sino también de su propia

forma de existencia. Y es que la inestabilidad del posicionamiento de los sujetos en el campo social, y las búsquedas por la afirmación hechas sin proyectos políticos claros es lo que confiere a los pronunciamientos políticos un carácter polivalente, colindante con fenómenos como la identificación populista y las negociaciones de carácter táctico.

La presencia contemporánea de la protesta juvenil merece ser sostenida por la continuidad de la escuela, en tanto lugar de confluencia capaz de neutralizar el ensimismamiento individualista. Asimismo, la movilización política juvenil puede ser potencializada también por ofertas simbólicas, tal y como demandan Marcia y Mario en sus testimonios, con el objetivo de contrarrestar los efectos ideológicos de la cultura mediática y otras tecnologías de la subjetividad que fomentan el hedonismo, la indiferencia y la pasividad social y política.

Es menester, por otro lado, valorizar la existencia de un soporte organizativo de la protesta estudiantil: grupos de amigos/as, asociaciones estudiantiles, núcleos de encuentro adscriptos a trabajos de ONG y de la Iglesia, etc.; núcleos que han logrado niveles de formalización intermedia, y que frecuentemente habrían definido sus opciones doctrinarias. Estas instancias serían menos rígidas y definidas que las organizaciones políticas juveniles y estudiantiles de antaño y, al parecer, se instalarían tanto en las proximidades de los partidos políticos, como en “redes”. Es interesante, también subrayar que ha sido la condición de ciudadanía social de los/las jóvenes estudiantes, en tanto disfrute del derecho a la educación y a ciertos niveles de bienestar, la que ha tornado posible el re-afianzamiento ideológico y la defensa de un sentido de “igualdad” y dignidad del mundo social del que forman parte. Es la convergencia de las grupalidades politizadas con la enunciación y la experiencia de la “igualdad” lo que ha generado la incidencia pública de los sectores estudiantiles y, en el caso ecuatoriano, ha coadyuvado a la resistencia a las derivaciones extremas de las políticas de ajuste.

En vista de estas circunstancias, al repertorio de tales ofertas simbólicas sería bienvenido el tema de la solidaridad, en la medida que esta tiene claros referentes en las identificaciones horizontales, el afecto y el comunitarismo que caracterizan la sociabilidad juvenil, pues “el ser joven es comunitario, a diferencia del ser adulto que tiende a individualizarse” (Cerbino et al., 2001: 29).